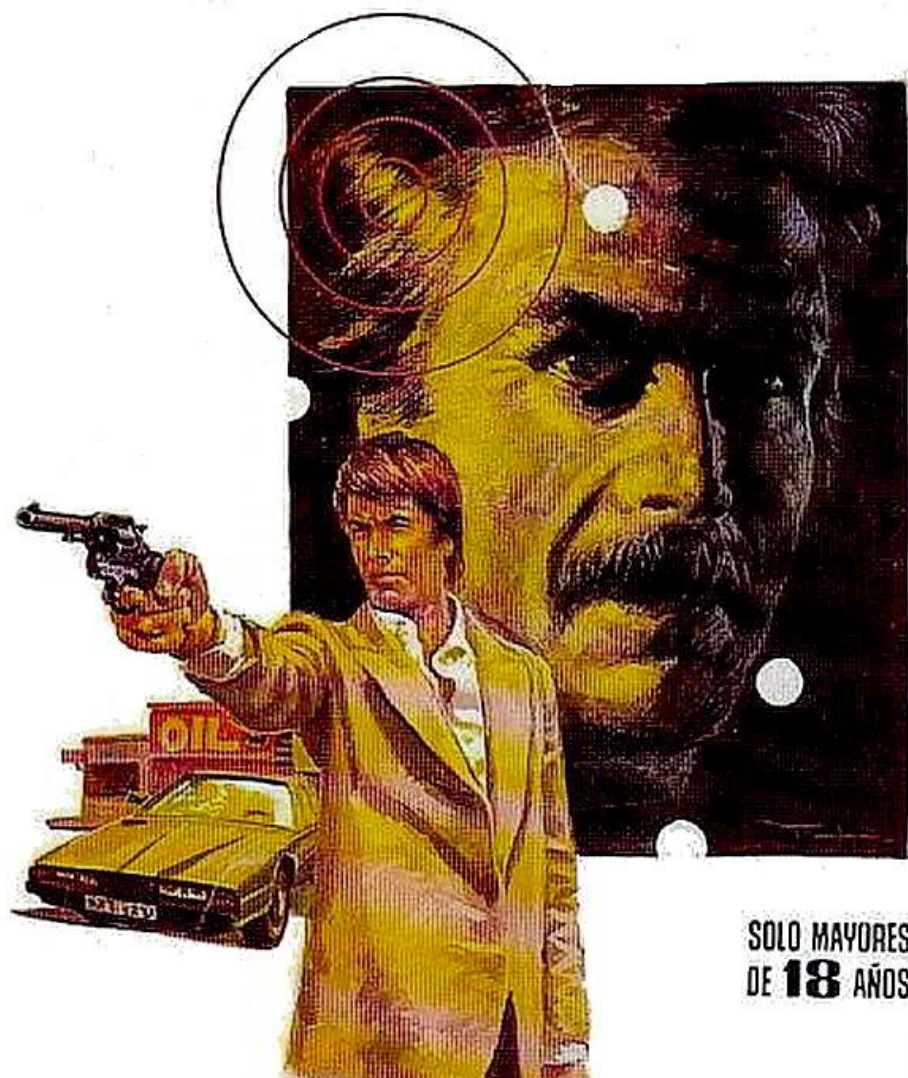


SERVICIO
SECRETO

Ss

EL MUERTO DESAYUNA EN LA CAMA

Joseph Berna



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

En el cementerio de Atlanta, capital del estado de Georgia, se estaba procediendo a la inhumación del cadáver de Ross Garrett, un hombre que abandonaba el mundo de los vivos en plena juventud.

Sólo treinta años de edad. Una verdadera pena.

Y, hablando de pena, no parecía ser muy grande la que sentía Paula Garrett, esposa del finado.

Sus ojos estaban totalmente secos.

No habían derramado una sola lágrima, ni durante el funeral, ni cuando le fue comunicada por la policía la noticia de que su esposo había perecido al precipitarse contra el suelo su avioneta particular.



Joseph Berna

El muerto desayuna en la cama

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1569

ePub r1.0

Lds 28.01.19

Título original: *El muerto desayuna en la cama*

Joseph Berna, 1980

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

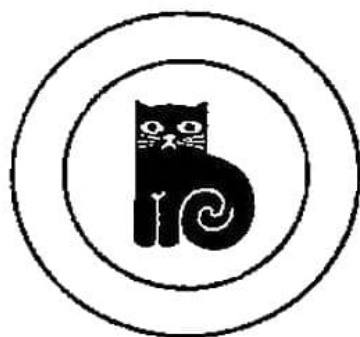
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

En el cementerio de Atlanta, capital del estado de Georgia, se estaba procediendo a la inhumación del cadáver de Ross Garrett, un hombre que abandonaba el mundo de los vivos en plena juventud.

Sólo treinta años de edad. Una verdadera pena.

Y, hablando de pena, no parecía ser muy grande la que sentía Paula Garrett, esposa del finado.

Sus ojos estaban totalmente secos.

No habían derramado una sola lágrima, ni durante el funeral, ni cuando le fue comunicada por la policía la noticia de que su esposo había perecido al precipitarse contra el suelo su avioneta particular.

Una muerte horrible, porque el aparato estalló en mil pedazos, y con él, Ross Garrett. Había sido totalmente imposible recomponer su cuerpo, de ahí que, más que a la inhumación del cadáver, habría que decir que se estaba procediendo a dar sepultura a los restos mortales, porque eso era lo que quedaba de Ross Garrett, sólo unos restos.

¿Por qué, entonces, no lloraba Paula Garrett...? Pues, sencillamente, porque no amaba a su esposo. Sí lo amaba cuando se casó con él, tres años antes. Con locura.

Después, poco a poco, ese gran amor se fue enfriando, hasta desaparecer por completo aun antes de cumplirse el primer aniversario de su matrimonio.

Y no sólo eso, sino que ese amor fue sustituido por el odio. Un odio cada vez más profundo.

Motivos le dio Ross Garrett a su esposa para que ella dejara de amarle y le odiara, desde luego.

Era un mujeriego.

Lo había sido antes de casarse, y lo siguió siendo después.

El matrimonio no le hizo cambiar, aunque los que conocían a Ross Garrett pensaron que sí, porque Paula, su mujer, era una maravilla de chica.

Tenía sólo veintidós años cuando se casó con él. Alta. Hermosa. Esbelta.

Cabello largo, muy negro y brillante, ojos verdes, grandes y luminosos, orlados de sedosas pestañas, largas y arqueadas, una boca preciosa, de esas que un hombre nunca se cansa de besar.

Ross Garrett sí se cansó de besarla.

O, lo que es lo mismo, no se cansó de besar otras bocas.

Una lástima, porque Paula no sólo era una muchacha bella y deseable, sino dulce, cariñosa, comprensiva...

Ella, desde luego, hizo todo lo que pudo para que Ross cambiara, que se olvidara de las demás mujeres y se dedicara por completo a la suya, a su esposa, a la que iba a ser la madre de sus hijos.

Fracasó.

Ross Garrett era así, y nada ni nadie le haría cambiar.

Paula, convencida de ello, pidió el divorcio a Ross, pero él se negó a concedérselo, alegando que la quería más que a ninguna otra mujer en el mundo.

A Paula le pareció una respuesta de lo más cínica, y le dio una bofetada a su marido. Y no fue la única.

Ross nunca le devolvió ninguna.

Le gustaban tanto las mujeres, que era incapaz de maltratarlas. Ahora, ya no podría gozar con ninguna.

Había muerto.

Paula Garrett no se alegraba de la muerte de su marido, desde luego que no; pero tampoco lo sentía como para echarse a llorar desconsoladamente.

Demasiadas lágrimas había derramado ya por su culpa. No dejaría escapar ni una más.

Quien sí lloraba silenciosamente la muerte de Ross Garrett era Raquel Ewell, hermana de Paula.

Raquel contaba veintiún años de edad, cuatro menos que su hermana, y si bien no poseía un rostro tan bello como Paula, era también una muchacha sumamente atractiva.

Tenía el pelo rubio, los ojos azules y maliciosos, la nariz

graciosa, los labios carnosos y húmedos. No tan alta como Paula, pero, en cambio, sus formas eran más acusadas.

Raquel, como Paula, vestía totalmente de negro. Paula miró a su hermana.

No le extrañó en absoluto el ver que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Raquel quería a Ross.

Esto, en principio, parecía lógico y natural, porque se trataba del marido de su hermana, de su cuñado.

Pero Raquel quería a Ross de un modo distinto. Mucho más profundo.

Para decirlo claro: estaba enamorada de él. Muy enamorada.

Tanto que, aunque Paula no tenía pruebas de ello, estaba segura de que Ross y Raquel habían hecho el amor más de una vez.

Raquel desvió ligeramente la mirada y sus llorosos ojos y los de Paula se encontraron. Las dos hermanas se observaron mutuamente durante largos segundos.

En la mirada de Raquel parecía haber reproche. Rencor.

Incluso algo de odio.

En la de Paula, nada.

Sus ojos en aquel momento, eran totalmente inexpresivos.

Raquel volvió a fijar los suyos en la fosa, donde ya descansaba el féretro que contenía los pedazos de Ross Garrett que pudieron recogerse.

Paula también miró hacia allí.

El ataúd fue cubierto con la tierra y colocada la lápida de mármol en la que había sido grabado el nombre del difunto.

Concluida la triste ceremonia, los asistentes al acto comenzaron a desfilar lentamente hacia la salida del cementerio.

Paula y Raquel quedaron solas junto al lugar en donde reposaban los restos mortales de Ross Garrett.

Las dos hermanas volvieron a mirarse.

—¿Quieres venir a casa, Raquel? —invitó Paula.

—No, gracias —respondió secamente Raquel.

—Me haría bien tu compañía.

—No seas cínica, Paula.

—¿Por qué dices eso?

—Tú no has sentido en absoluto la muerte de Ross.

—Sí que la he sentido.

—Tú qué vas a sentir. Estás tan contenta que, si llegan a permitirlo, hubieses venido al entierro de tu marido con una pandereta.

Paula no pudo contenerse y le cruzó la cara a su hermana. Sus ojos ya no eran inexpresivos.

Ahora brillaban, llenos de furia.

—Si vuelves a decir que me ha alegrado la muerte de Ross, te deshago la cara a bofetadas —amenazó.

Raquel se llevó la mano a la enrojecida mejilla.

—No volveré a decirlo, puesto que tanto te molesta, pero tú sabes mejor que nadie que es verdad. No amabas a Ross, Paula.

—Es cierto, no le amaba —admitió la joven viuda.

—Le odiabas.

—También es cierto. Pero de eso, a alegrarme de su muerte, media un abismo.

—Yo lo he sentido mucho más que tú.

—Las dos sabemos porqué.

Raquel guardó silencio, como admitiendo que las sospechas de su hermana eran ciertas.

Paula suavizó la expresión de su rostro.

—Ross ha muerto, Raquel. No discutamos por él.

—Sí, no sirve de nada.

Paula acarició suavemente la irritada mejilla de su hermana.

—Siento haberte pegado, Raquel.

—También yo siento lo que te dije, Paula.

—¿Me perdonas?

—¿Me perdonas tú a mí?

Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente. Luego, Paula insistió.

—Ven conmigo a casa, Raquel. Deseo que pasemos unos días juntas. Muchos días, si tú quieres.

Raquel sonrió.

—Iré, Paula; pero no ahora. Tengo algunas cosas que hacer.

—¿Cuándo vendrás?

—Mañana, seguramente.

—De acuerdo, mañana —sonrió dulcemente Paula, y besó en la mejilla a su hermana. Después, la cogió del brazo y echaron las dos a andar hacia la salida del cementerio. Frente a él se hallaban

estacionados los coches de una y otra.

El de Raquel era un «Dodge» azul; el de Paula, un lujoso «Buick» negro, junto al cual aguardaba Richard, el chófer, correctamente uniformado.

Las dos hermanas se despidieron y cada cual subió a su coche.

El «Dodge» de Raquel arrancó primero, porque Richard perdió algunos segundos cerrando la puerta del «Buick» y ocupando seguidamente su puesto al volante.

—¿A casa, señora? —preguntó.

—Sí, Richard —respondió la hermosa viuda.

Richard, veintiocho años de edad, alto, fuerte, pelo oscuro y rebelde, que la gorra se encargaba de ocultar, y facciones correctas, puso el «Buick» en movimiento.

En el asiento de atrás, Paula abrió su bolso y extrajo sus cigarrillos y su encendedor de oro, regalo de Ross.

Richard, por el espejo interior del coche, vio cómo se ponía un cigarrillo entre los rojos y sensuales labios, cómo lo encendía, y cómo expulsaba pausadamente el humo. Tranquilamente.

Sin el menor asomo de nerviosismo.

Paula miró el pequeño espejo y descubrió que el chófer la estaba observando. Sonrió ligeramente y dijo:

—Preste atención a la carretera, Richard, no vayamos a salirnos de ella.

—Sí, señora —tosió nerviosamente el chófer, y ya no volvió a observar a la joven viuda.

Unos veinte minutos después, Richard detenía el «Buick» frente a la hermosa casa que, a sólo unos pocos kilómetros de la gran ciudad, se hiciera construir el fallecido Ross Garrett, en el centro de una ancha extensión de terreno de su propiedad.

Richard descendió rápidamente del coche y abrió la portezuela trasera, para que saliera la viuda de Ross Garrett.

Paula, al apearse del vehículo, no pudo evitar que la falda del negro vestido se le subiera por encima de las rodillas, obligándola a realizar una tentadora exhibición de piernas.

Fue muy fugaz, pero Richard tuvo tiempo de comprobar que la viuda tenía unas piernas preciosas, de esas que hacen que a los hombres se les abra la boca al contemplarlas, y él tuvo que hacer un esfuerzo para que la suya siguiera cerrada.

Paula Garrett subió los cinco escalones de mármol y entró en la casa, cuya puerta había abierto Anette, la doncella, una joven de pelo castaño, graciosamente corto, rostro bonito, algo aniñado, y figura nada desdeñable.

¿La habría probado Ross, también...?

Paula sospechaba que sí aunque, como en el caso de Raquel, no tenía pruebas de ello.

Fuera como fuere, ya no le importaba. Ross había emprendido el largo viaje. Ese que no tiene retorno.

Ya no podía engañarla con su hermana, con la doncella, ni con ninguna otra mujer. Paula subió a su alcoba y se desvistió.

Se lo quitó todo, menos el delicado pantaloncito de encaje, enfundándose seguidamente la bata.

Ya no pensaba salir de su alcoba. Ni siquiera bajaría a cenar.

No tenía apetito, y sabía que más tarde tampoco lo iba a tener.

Sus ojos no habían llorado la muerte de Ross, pero su estómago sí había resultado afectado, y desde que tuviera noticia del trágico fin de su marido, apenas había probado bocado.

Paula tomó un libro y se sentó en un sillón.

No fue una buena idea, porque no conseguía concentrarse en la lectura, y tuvo que dejar el libro, optando por tomar un relajante baño de agua caliente y meterse seguidamente en la cama. Permaneció un buen rato en la bañera, los ojos cerrados, el cuerpo extendido, sin apenas moverse.

Cuando se cansó, salió de ella, secó el cuerpo con suavidad, y abandonó el cuarto de baño, completamente desnuda.

Se puso el camisón. Largo.

Negro. Sugestivo.

Paula se acostó y apagó la luz.

Tardó en dormirse, porque no podía dejar de pensar en Ross, en su avioneta particular, precipitándose contra el suelo, en el espantoso estallido del aparato...

Finalmente, logró conciliar el sueño.

Durmió mal, porque tuvo pesadillas, como la noche pasada.

Por la mañana, abandonó temprano la cama, se dio una ducha de agua fría, y se puso la bata.

Desayunaría así, y ya se vestiría después. Paula salió de su alcoba.

Al pasar por delante de la que ocupara Ross —sólo durante los primeros meses de matrimonio durmieron los dos en la misma alcoba—, escuchó un ruido en el interior. Paula, extrañada, abrió la puerta.

El corazón se le paró al descubrir a su difunto esposo sentado en la cama. Ross Garrett la miró y le sonrió.

—Buenos días, querida. ¿Quieres encargarte de que me suban el desayuno? Hoy me apetece desayunar en la cama.

Paula no pudo encargarse de nada, porque sufrió un desvanecimiento y se desplomó como un saco de patatas.

CAPÍTULO II

Ross Garrett saltó de la cama al ver desplomarse a su esposa.

Era un tipo de elevada estatura, casi metro noventa, moreno, muy apuesto.

Como llevaba abierta la chaqueta del pijama, los desarrollados músculos de su tórax quedaban visibles, duros, vigorosos, salpicados de vello oscuro y rizado.

Ross alcanzó la puerta en muy pocas zancadas, tomó en brazos a su mujer y la entró en su alcoba, depositándola cuidadosamente sobre la cama.

Le palmeó las mejillas.

—Eh, Paula, Paula... Despierta, cariño, cielo, vida, tesoro... Ella emitió un débil gemido.

Con los labios muy juntos, y sin apenas voz, musitó:

—Fantasma...

—¿Qué?

—He visto un fantasma...

—¿Un fantasma...?

—Sí, el fantasma de Ross... Se me apareció en su cama, y me pidió que me encargara de que le subiesen el desayuno a su alcoba...

Ross Garrett palmeó de nuevo las pálidas mejillas de su esposa.

—Paula, querida, no has visto ningún fantasma. Soy yo, Ross, tu marido, en carne y hueso.

Paula, que seguía con los ojos cerrados, los abrió de golpe.

—¡Ross! —gritó, respingando sobre la cama.

—Cálmate, cariño —le sonrió tiernamente él, acariciándole el cabello con suavidad.

—¡No es posible!

—¿El qué no es posible, cielo?

—¡Que estés vivo!

—Pues te aseguro que lo estoy, tesoro. Tócame y te convencerás.

—¡No quiero tocarte, eres el fantasma de Ross! —chilló Paula, con ojos espantados y el cuerpo tembloroso.

—Paula, mi vida, tú has debido sufrir alguna horrible pesadilla.

—¡La pesadilla la estoy sufriendo ahora! ¡Sí, eso debe ser! ¡Te estoy viendo en sueños, Ross! ¡Márchate, por favor! ¡Quiero despertarme, volver a la realidad!

—Estás despierta, Paula.

—¡No, no, estoy dormida!

—Cariño...

—¡Vete, Ross, te lo suplico! —siguió gritando Paula, y cerró los ojos, para no ver la nítida imagen de su marido.

Ross Garrett se inclinó más sobre ella y empezó a besarla.

Besos suaves, cortos, delicados, que fueron cubriendo todo el rostro de su aterrada esposa.

Paula se dejó besar, muy quieta, porque tanto si era un sueño, como si era realidad, aquellos dulces y tiernos besos en los ojos, los pómulos, las orejas, la barbilla, los labios y el cuello, eran realmente deliciosos, y una agradable sensación de paz la invadió. Ross interrumpió la serie de besitos y preguntó:

—¿Te sientes mejor, cariño? Paula entreabrió los ojos.

—Ross...

—¿Sí, querida?

—¿De veras estás vivo?

—Tan vivo como tú, Paula.

—Sigo creyendo que no es posible.

—¿Por qué?

—Te precipitaste con tu avioneta contra el suelo, saltasteis los dos hechos pedazos. Ross Garrett puso cara de sorpresa.

—¿Que mi avioneta y yo...?

—Sí, Ross.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Anteayer.

—Anteayer... —repitió Garrett, quedamente.

—Sí, y ayer fue tu entierro.

—Empiezo a comprender, Paula.

—¿De veras?

—No fue a mí a quien enterrasteis, sino a Jim Morley. Paula pestañeó.

—¿Jim Morley...?

—Así se llamaba el tipo al que presté mi avioneta. Vivía en Montgomery, que es la capital del estado de Alabama, como ya sabes. Yo me encontraba allí, solucionando cierto asunto. Jim Morley tenía que desplazarse a Atlanta, y me pidió la avioneta. Como yo no pensaba utilizarla hasta hoy, se la presté. Anoche, sin embargo, se me presentó la oportunidad de regresar con un amigo a Atlanta, en su avioneta, y no lo dudé, porque ya no tenía nada que hacer en Montgomery. Esta mañana pensaba telefonar a Jim Morley, para decirle que ya estoy en Atlanta, y que me devolviera la avioneta aquí. El no tenía que regresar a Montgomery hasta esta tarde.

—Entonces, fue Jim Morley quien pereció en el accidente...

—Sí, Paula.

—¿Y tú no sabías nada...? Ross Garrett movió la cabeza.

—Absolutamente nada. Llegué a Atlanta muy tarde. Ese amigo, el que me trajo en su avioneta, me acompañó a casa en su coche. Abrí la puerta con mi llave y subí a mi alcoba. Nadie me vio, porque eran más de las dos, y todos dormíais.

Paula incorporó el torso, quedando sentada en la cama.

—Tendrás que informar a la policía, Ross —dijo, seria.

—Desde luego —sonrió levemente Garrett, acercando su mano al rostro de su esposa. Ella le soltó un zarpazo.

—No me toques, Ross.

—Sólo pretendía acariciarte, cariño.

—No quiero que me acaricies.

—Soy tu marido, Paula.

—Pero te acuestas con otras mujeres.

—Sólo porque tú no permites que me acueste contigo.

—Cuando yo dejé de permitirlo, estabas ya harto de engañarme con otras chicas. Ross carraspeó.

—Bueno, no voy a negar que alguna vez...

—Muchas veces, Ross. Demasiadas.

—Estoy dispuesto a cambiar, Paula.

—¡Ja!

—¿No me crees?

—Naturalmente que no. Tú no cambiarás nunca, Ross.

—Yo te quiero, Paula.

—Si eso fuera verdad, no harías el amor con otras mujeres, sólo querías hacerlo conmigo.

—¿Y si yo te jurase, por lo más sagrado, que no volveré a tocar a ninguna otra mujer que no seas tú?

—Tardarías muy poco en romper tu juramento.

—Paula...

—Dejemos el tema, Ross —le cortó ella, bajándose de la cama. Ross Garrett siguió sentado en el borde del lecho.

Miró fijamente a su esposa y preguntó:

—¿Has dejado de quererme, Paula?

—Hace mucho tiempo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Entonces, ha debido disgustarte.

—¿El qué?

—El saber que no fui yo quien pereció en el accidente, sino Jim Morley.

—Te equivocas. Lo siento por ese Jim Morley, pero me alegro de que fuera él quien pilotaba la avioneta, no tú.

—Si te alegras de que siga vivo, es porque todavía me quieres.

—Te equivocas de nuevo, Ross. No sólo no te quiero, sino que te odio; cada día más. Pero no deseo tu muerte, sino el divorcio.

—Y yo no te lo concedo.

—No; por eso mi odio hacia ti es cada vez mayor.

—Si yo hubiera muerto, en lugar de Jim Morley, ahora serías libre, Paula.

—Deseo volver a ser Paula Ewell, no Paula Garrett, viuda de Ross Garrett. Ross asintió levemente con la cabeza.

—De acuerdo, Paula. Volverás a ser Paula Ewell. Paula no supo disimular su sorpresa.

—Ross...

—¿Qué?

—¿Vas a concederme el divorcio?

—Es lo que tú quieres, ¿no?

—Si.

—Pues lo tendrás.

—Gracias, Ross.

—Pongo, no obstante, una condición.

—¿Cuál?

—Que, mientras duren los trámites del divorcio, tú y yo durmamos en la misma alcoba, como en los primeros meses de matrimonio.

Paula enrojeció.

—No acepto tal condición.

—¿Por qué?

—No quiero dormir con un hombre al que no amo. —Pero al que sí amaste. Y mucho.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Será bonito recordarlo.

—No seré yo quien lo recuerde, Ross.

—Paula, veo que no me has entendido. Si pongo esa condición, es porque aún tengo la esperanza de que, al vivir de nuevo como marido y mujer, desaparezca el odio que sientes hacia mí y renazca el amor que...

—No puede renacer, Ross. Está demasiado muerto —aseguró Paula, y corrió hacia la puerta.

Salió de la alcoba de su marido y se introdujo en la de ella. Se arrojó sobre la cama y rompió a llorar.

Por culpa de Ross, como siempre. Todo volvía a ser como antes.

CAPÍTULO III

Anette, la atractiva doncella, se hallaba en la amplia cocina, preparando el desayuno de la señora.

De pronto, sonó un timbre.

Anette se quedó muy quieta al ver que la llamada no procedía de la alcoba de la señora, sino de la alcoba del señor.

De Ross Garrett. Del difunto...

Anette pensó que Paula Garrett había ido por algún motivo a la alcoba que ocupara su marido, y quería ordenarle algo; de ahí que hubiera pulsado el timbre.

La doncella salió de la cocina y subió a la alcoba del malogrado Ross Garrett, entrando en ella.

—¿Llamaba, la seño...?

No pudo acabar la frase, porque al ver a Ross Garrett, sentado tranquilamente en la cama, entero y sin el más leve rasguño, perdió el habla instantáneamente.

Ross le sonrió.

—Buenos días, Anette. ¿Quieres subirme el desayuno?

La doncella, que le miraba con unos ojos como platos, boqueó varias veces, como un pez, y finalmente consiguió balbucear:

—¿Desde cuándo... desde cuándo los muertos desayunan en la cama, señor...? Ross Garrett rió.

—Discúlpame, Anette. Antes de nada debí decirte que no estoy muerto.

—¿No...?

—El muerto es otro.

—Otro...

—Es una larga historia, Anette. Te la contaré mientras desayuno.

—Sí.

—Vamos, date prisa, que tengo un apetito de caballo.

—Sí, señor —murmuró Anette, y salió de la alcoba, caminando como un robot, porque seguía atónita.

En vez de dirigirse hacia la escalera, fue a la alcoba de Paula Garrett, a cuya puerta llamó.

—¿Quién es? —preguntó Paula.

—Anette, señora.

—Pasa.

La doncella abrió la puerta y entró en la alcoba, con una expresión que invitaba a reírse. Paula Garrett, echada sobre la cama, los ojos húmedos de lágrimas, la miró y preguntó:

—¿Ocurre algo, Anette?

—Mucho, señora.

—Lo has visto ya, ¿verdad?

—Si se refiere a su difunto esposo, sí, señora.

—No es un difunto, Anette.

—Eso dice él, pero yo...

Paula Garrett esbozó una sonrisa, porque la cosa, en el fondo, tenía gracia.

—Tranquilízate, Anette. No se trata de ningún fantasma, es el señor en persona. No era él quien pilotaba la avioneta, sino un amigo suyo. El señor llegó anoche a casa, pasadas las dos, ignorante por completo de lo que había sucedido. Yo le he informado de todo, hace unos minutos —explicó.

La doncella se sintió mucho mejor. Incluso sonrió.

—Qué alegría me da, la señora.

—Sí, ya lo supongo.

—Usted también se habrá alegrado mucho, ¿verdad?

—Claro.

—Ha llorado y todo, la señora.

—Sí, he llorado —asintió Paula, sin aclarar que aquellas lágrimas no habían sido de alegría precisamente.

—Voy por el desayuno del señor. Quiere que se lo sirva en la cama.

—Sí, lo sé.

—¿Quiere que se lo suba a usted también, señora?

—No, Anette. Yo desayunaré abajo, pero más tarde. —Como desee la señora— sonrió la doncella, y salió de la alcoba.

Algunos minutos después, Anette daba unos golpecitos con los nudillos en la puerta de la alcoba de Ross Garrett.

—Le traigo el desayuno, señor.

—Adelante, Anette —autorizó Ross.

La doncella abrió la puerta y penetró en la alcoba.

Paula Garrett había abierto la puerta de la suya un par de centímetros, y espiaba por la grieta.

Cuando vio entrar a Anette en la alcoba de Ross, salió de la suya y se acercó a la de su marido, cuya puerta abrió silenciosamente, aunque sólo lo justo para poder aplicar el ojo y ver lo que hacían Ross Anette.

Por el momento, nada de particular.

Ross tenía sobre sus rodillas la bandeja del desayuno, y ya había empezado a ingerir los alimentos, mientras explicaba a la doncella por qué él estaba vivo.

Anette se había sentado en el borde de la cama, demostrando con ello que tenía una cierta confianza con el señor.

Su uniforme, más bien corto, le permitía exhibir buena parte de sus prietos y torneados muslos.

Paula apostó consigo misma a que Ross no tardaría en posar su mano sobre las excitantes piernas de Anette.

Se equivocó, porque Ross terminó de desayunar sin acariciar ni una sola vez los bellos remos de la doncella, y eso sorprendió bastante a Paula.

También debió sorprender a Anette, ya que ésta, repentinamente, preguntó:

—¿Ya no le gusto al señor?

—¿Qué?

—¿Ya no le parecen atractivas mis piernas? Ross se las miró.

—Oh, sí, mucho —carraspeó.

Anette se subió descaradamente el uniforme, mostrando ahora totalmente sus tentadores muslos y parte del sugestivo pantaloncito rojo.

—¿No desea acariciármelas el señor...? —invitó, con maliciosa sonrisa. Ross Garrett le bajó el uniforme de golpe.

—No me provoques, Anette.

La doncella quedó desconcertada.

—Señor Garrett, antes solía usted...

—Eso se acabó, Anette.

—¿Por qué?

—Soy un hombre casado.

—Sí, pero su esposa y usted no...

—Porque ella no quiere. Yo estoy enamorado de mi mujer, Anette. Más enamorado que nunca. Sé que ella me odia, porque sobrados motivos le he dado para ello. No voy a darle más. Tal vez, así, me perdone todo el daño que le he hecho y vuelva a quererme. Daría lo que fuera porque eso sucediera, te lo aseguro.

—¿Entonces no vamos a hacer nunca más el amor usted y yo, señor Garrett...? —preguntó la doncella, desilusionada.

—No, Anette. Lo siento, pero te repito que desde hoy voy a serle fiel a mi esposa. Ésa es la única razón, no que tú ya no me gustes. Sigues siendo una monada de chica, créeme —le sonrió afectuosamente Ross, al tiempo que le daba un cariñoso pellizco en la barbilla.

La doncella forzó una sonrisa.

—Nunca olvidaré los maravillosos momentos que pasé con usted, señor Garrett.

—Yo también lo pasé muy bien contigo, Anette. Ahora, por favor, llévate la bandeja.

Tengo que vestirme.

—Sí, señor —respondió la doncella, poniéndose en pie y tomando la bandeja.

Paula Garrett, sin poder creer lo que había visto y oído, cerró silenciosamente la puerta y corrió hacia su alcoba, donde se introdujo antes de que Anette saliera de la alcoba de Ross.

Con la espalda pegada a la puerta, el corazón latándole con fuerza en el pecho, Paula fue recordando una por una las palabras de Ross.

¿Sería verdad que la quería más que nunca?

¿Que tenía el firme propósito de serle fiel desde aquel día?

¿Que no deseaba tocar a ninguna otra mujer que no fuera ella?
No, no podía ser cierto.

Ross no podía haber cambiado tanto, de la noche a la mañana. Sin embargo, había rechazado a la apetecible Anette... ¿Por qué?

Paula Garrett no supo encontrar una respuesta lógica.

* * *

Richard, el chófer de los Garrett, se encontraba en el espacioso garaje, revisando el motor del «Buick» negro.

Había otros dos coches allí: un «Ford-Cobra», de color rojo vivo, y un «Plymouth» verde. Richard se cubría con un mono de mecánico, manchado de grasa.

Tenía una llave inglesa en las manos. De pronto, escuchó una voz familiar.

—Buenos días, Richard.

El chófer levantó la cabeza y miró hacia la puerta del garaje.

La llave inglesa se le cayó de las manos, con tan mala fortuna, que fue a golpearle en el pie derecho.

Sin embargo, Richard no se quejó.

Se hallaba tan estupefacto, que ni siquiera sintió el dolor. Ross Garrett caminó hacia él, sonriente.

—Hace una mañana espléndida, ¿eh, Richard? El chófer, sin salir de su estupor, musitó:

—Señor Garrett...

—¿Sí, Richard?

—¿Es usted en persona, o sólo un espíritu? Ross rió.

—Nada de espíritus, Richard. No fui yo quien se estrelló en la avioneta, sino un amigo mío, que me la pidió prestada.

—Un amigo suyo...

—Sí, Richard. Ya sé que todo el mundo creyó que era yo. Ahora mismo voy a ir a la policía, para poner las cosas en claro.

El chófer, repuesto ya de la sorpresa, sonrió.

—No sabe cuánto me alegro de que siga usted vivo, señor Garrett. Ross le dio una cariñosa palmada en la espalda.

—Gracias, Richard.

—¿Le llevo yo a la comisaría, señor Garrett?

—No, prefiero ir solo. ¿Está listo el «Ford-Cobra»?

—Sí, señor.

—Me lo llevo, pues.

Ross Garrett se introdujo en el magnífico coche deportivo, lo puso en marcha, y lo sacó del garaje.

Todavía no había salido de su propiedad, cuando vio aparecer el «Dodge» azul de Raquel Ewell, la hermana de Paula.

Ross frenó el «Ford-Cobra».

Raquel también frenó su «Dodge», aunque de una manera mucho más brusca.

Ya se había dado cuenta de que al volante del reluciente deportivo iba Ross Garrett, el hombre que todos creían muerto, y cuyos restos se pensaba habían recibido cristiana sepultura la tarde anterior.

Huelga decir que el gesto de Raquel Ewell era de infinito estupor, de absoluto desconcierto, de total incredulidad.

Ross Garrett salió del «Ford-Cobra» y caminó hacia el «Dodge» de su cuñada, con la sonrisa en los labios.

Vestía un traje claro, impecable, camisa azul, de cuello abierto, y calzaba zapatos marrones, flexibles y ligeros.

Alcanzó el «Dodge» y se asomó por la abierta ventanilla.

—Buenos días, Raquel.

—No... no es posible... —balbuceó la joven, que seguía con los ojos desmesuradamente abiertos y había perdido el color en las mejillas.

—No me mires así, no soy un resucitado —rió Garrett.

—Tú... tú...

—El tipo que se precipitó contra el suelo, con mi avioneta, no era yo, Raquel.

—¿No...?

—No, afortunadamente. Yo regresé anoche de Montgomery, Alabama. Raquel Ewell empezó a reaccionar.

—¡Dios mío, Ross! —exclamó, abriendo la portezuela y saliendo del coche. Se abrazó a su cuñado y empezó a llenarle la cara de besos, mientras gritaba—: ¡Estás vivo, vivo, vivo...! ¡El muerto era otro! ¡Qué alegría, Señor! ¡Voy a volverme loca de contento!

—Cálmate, preciosa —rogó Garrett, y siguió comiéndose a besos al marido de su hermana.

A Ross Garrett le costó bastante separarse de su atractiva cuñada, pero finalmente lo logró.

—Basta, Raquel, por favor —suplicó, sin soltar los brazos de ella, porque así impedía que volviera a abrazarse a él.

—¿Qué pasa, es que ahora te molesta que te bese? —Se enfadó

ligeramente su cuñada.

—Claro que no.

—En cierta ocasión dijiste que beso mejor que Paula.

—¿De veras?

—Sí. Y también que soy más fogosa que mi hermana haciendo el amor. ¿No lo recuerdas?

—Pues, en este momento... —carraspeó Ross.

—¿Qué tal le ha sentado a ella?

—¿El qué?

—Que los restos humanos que enterramos, no fueran los tuyos.

—Bien, muy bien. Se alegró mucho de que el muerto fuera otro.

—No me lo creo.

—¿Por qué?

—Paula te odia, Ross. Lo sabes tan bien como yo. —Que me odie no significa que desee mi muerte.

—Yo creo que sí, porque no derramó una sola lágrima por ti.

—¿De veras?

—Yo era la única que lloraba tu muerte, Ross. Garrett acarició el rostro de su cuñada.

—Eres una buena chica, Raquel.

—Yo te quiero, Ross.

—Lo sé.

—Te suplico por enésima vez que le concedas el divorcio a Paula y te cases conmigo.

—Yo amo a Paula, Raquel.

—Pero ella no te ama a ti.

—Hubo un tiempo en que sí me amó, y no he perdido la esperanza de que eso vuelva a suceder.

—No sucederá, Ross.

—El tiempo lo dirá.

Raquel Ewell suspiró resignadamente.

—De acuerdo, seguiré esperando.

—Te dejo, Raquel.

—¿Adónde vas, Ross?

—A informar a la policía de que el muerto no era yo. —
¿Tardarás mucho en volver?

—Un par de horas.

—Estaré en la casa, con Paula.

—De acuerdo.

Instantes después, Ross Garrett se dirigía en su «Ford-Cobra» a Atlanta, sin sospechar que, a su regreso de la ciudad, la muerte le estaría acechando en plena carretera.

CAPÍTULO IV

El tipo se hallaba apostado en lo alto de una colina próxima a la carretera que conducía a la vasta propiedad de Ross Garrett.

Se trataba de un individuo alto, delgado, de rostro afilado, muy desagradable. Un fino bigote surcaba su labio superior.

Junto a él, yacía un magnífico rifle provisto de mira telescópica y con el cargador repleto de balas.

El sujeto, echado de bruces sobre la hierba, fumaba tranquilamente un cigarrillo, sus ojos de coyote fijos en la carretera, esperando ver aparecer de un momento a otro el «Ford-Cobra» de Ross Garrett, el hombre a quien debía eliminar.

Y lo eliminaría.

El nunca fallaba.

Por eso se cotizaba tan caro.

Diez mil dólares iba a cobrar por matar a Ross Garrett. Un buen pellizco.

Y un trabajo sencillo, pues, desde la cima de aquella colina, y con un rifle tan bueno como el suyo, sería muy fácil reventarle la cabeza de un balazo al tal Ross Garrett.

El asesino profesional estaba ya apurando su cigarrillo, cuando su ágil oído percibió el ruido de un motor.

Un motor poderoso.

El del «Ford-Cobra» de Ross Garrett.

El tipo arrojó el resto del cigarrillo y tomó rápidamente su rifle. El «Ford-Cobra» apareció en la carretera.

No llevaba una velocidad excesiva, lo cual iba a favorecer los planes del asesino. El tipo apuntó a la cabeza de la víctima.

Su dedo índice se curvó sobre el gatillo. Presionándolo ligeramente.

Contuvo la respiración. Iba a efectuar el disparo.

En el interior del «Ford-Cobra», Ross Garrett observó un destello en lo alto de la colina por delante de la cual iba a pasar.

Un sexto sentido pareció advertirle que aquel destello significaba peligro, y Ross aguzó la vista.

Descubrió el cañón de un rifle.

Y la cabeza del tipo que lo empuñaba, apostado en la cima de la colina. Ross Garrett agachó bruscamente la suya.

Su acción resultó de lo más oportuna, porque coincidió con el disparo.

La bala perforó limpiamente el cristal delantero del coche deportivo, alojándose en el respaldo del asiento trasero.

En lo alto de la colina, el asesino desgranó una maldición, al ver que había fallado el disparo.

Eso le puso nervioso, y efectuó varios disparos más, aunque no veía la cabeza del hombre que debía liquidar.

El «Ford-Cobra» pasó por delante de la colina a gran velocidad, pues Ross Garrett había pisado el acelerador a fondo un segundo después de producirse el primer disparo.

El asesino profesional seguía enviando balas, pero ninguna de ellas alcanzó a la víctima. Volvió a maldecir a viva voz cuando vio que el «Ford-Cobra» se alejaba como una exhalación, poniéndose fuera del alcance de su rifle.

El tipo, furioso consigo mismo, brincó del suelo y echó a correr colina abajo, por la ladera opuesta a la que daba a la carretera.

Su coche, un «Pontiac» blanco, se hallaba oculto entre los árboles.

El asesino lo alcanzó, arrojó su rifle sobre el asiento trasero, y se introdujo rápidamente en el vehículo.

Lo puso en marcha y lo sacó a la carretera. No persiguió al «Ford-Cobra».

Sería un error.

Ya liquidaría a Ross Garrett en otro momento. El asesino emprendió el regreso a la ciudad.

De pronto, por el espejo retrovisor, vio aparecer el «Ford-Cobra» de Ross Garrett.

¡Y venía a toda pastilla!

El profesional del crimen hundió el pie en el acelerador y el

«Pontiac» también alcanzó una velocidad de vértigo.

Pero el «Ford-Cobra» corría más.

Y Ross Garret conducía mucho mejor que el asesino. La distancia fue reduciéndose por segundos.

El asesino, cada vez más nervioso, tomaba las curvas de una manera muy peligrosa.

En una de ellas, el «Pontiac» se salió de la carretera y se metió por entre los árboles, dando brincos.

Era muy difícil esquivar los árboles.

Tan difícil, que el «Pontiac» se estrelló contra uno de ellos.

Pese a la velocidad del impacto, el asesino no llegó a perder el conocimiento, aunque sí se produjo un profundo corte en la frente, del que empezó a brotar la sangre, manchándole toda la cara.

El tipo, sin preocuparse de su herida, se llevó velozmente la diestra a la axila y extrajo la «Luger» que llevaba allí, enfundada.

Abrió la portezuela del coche y salió de él, dispuesto a mandar al otro mundo si bastardo de Ross Garret.

El «Ford-Cobra» también había dejado la carretera, aunque no por la fuerza, como el «Pontiac», sino por deseo de Ross Garrett, que no quería perder de vista el coche del asesino.

Éste disparó sobre el «Ford-Cobra».

Ross Garrett detuvo su coche y también él salió del vehículo, esgrimiendo un revólver de calibre 38.

Respondió al fuego del asesino. De pronto, ocurrió lo inesperado.

El «Pontiac» estalló como una bomba y la terrible onda expansiva lanzó lejos el cuerpo del asesino, envuelto en llamas.

Ross Garrett, agazapado tras el «Ford-Cobra», se irguió lentamente, los ojos fijos en el destrozado cuerpo del hombre que intentara asesinarle.

El tipo ya no podría decirle por qué. Había abandonado el mundo de los vivos.

CAPÍTULO V

Raquel Ewell miró su reloj y comentó:

—Ross se está retrasando, Paula.

—A lo mejor, después de hablar con la policía, fue a ver a alguna de sus amiguitas —repuso su hermana.

Raquel la miró duramente.

—A veces eres odiosa, Paula.

—Tú sabes tan bien como yo que Ross tiene muchas amigas, Raquel. Y no sólo en Atlanta. Las tiene en todas las ciudades que suele visitar.

—¿Y quién tiene la culpa de que las tenga?

—Nadie. Las tiene porque quiere. Ross es un mujeriego, todo el mundo lo sabe.

—Tiene amantes porque no encuentra en ti lo que necesita. Paula Garrett sonrió sarcásticamente.

—También las tenía cuando yo le ofrecía todo cuanto un hombre puede desear, te lo aseguro.

—Tú jamás le ofreciste tanto, Paula.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Ross me lo ha comentado varias veces.

—Tiene mucha confianza contigo, por lo que veo —rezongó Paula.

—Soy una buena amiga suya.

—¿Tú también...?

—He dicho amiga, no amante.

—Tú estás enamorada de Ross, Raquel.

—Perdidamente.

—Y Ross lo sabe, ¿verdad?

—Claro.

—Entonces, no puedo creer que te haya respetado. Raquel sonrió.

—Supongamos que estés en lo cierto. ¿Te importaría mucho que Ross y yo...?

—En absoluto.

—¿Estás segura?

—Sí.

—En ese caso, tampoco a mí me importa confesarte que sí, que Ross y yo hemos hecho el amor numerosas veces. —Lo suponía— masculló Paula.

—¿De veras, hermanita?

—Sois tal para cual.

—¡Eh! ¿Qué has querido decir con eso? —Se enfadó Raquel.

Paula iba a contestar, cuando vio entrar a Ross Garrett en el salón donde ella y su hermana se encontraban.

Un Ross Garret serio. Preocupado.

Muy distinto del Ross Garrett que Paula y Raquel vieran aquella mañana.

Las dos hermanas adivinaron que algo grave había sucedido.

—¿Qué ocurre, Ross? —preguntó Raquel.

—Han intentado asesinarme —informó Garrett.

Paula respingó sobre el sillón en el que se hallaba sentada.

—¿Asesinarte...?

—Sí, Paula.

—¿Dónde? ¿Quién? ¿Por qué? —preguntó atropelladamente Raquel. Ross Garrett refirió en pocas palabras lo sucedido, y luego añadió:

—El tipo, al parecer, era un asesino profesional. Alguien le encargó que me liquidara. La misma persona que provocó el accidente en el que pereció Jim Morley.

—¿Qué...? —exclamó Paula.

—¿Provocado el accidente de tu avioneta...? —exclamó Raquel. Garrett asintió con la cabeza y explicó:

—El teniente Scott me ha revelado que el motor de mi avioneta había sido hábilmente manipulado para que fallara repentinamente en pleno vuelo. Los técnicos lo han comprobado. Si Jim Morley no me hubiese pedido prestada la avioneta, el mortal accidente lo hubiera sufrido yo anoche, a mi regreso de Montgomery.

Sobrevino un largo silencio.

Paula y Raquel cambiaron una mirada.

De pronto, esta última señaló a su hermana y exclamó:

—¡Ella!

—¿Qué...? —Respingó Paula.

—¡Ella contrató al asesino, Ross! ¡Y al tipo que manipuló el motor de la avioneta!

Paula enrojeció violentamente.

—¡Estás loca, Raquel!

—¡Tú deseas la muerte de Ross!

—¡No es cierto!

—¡Le odias, porque no quiere concederte el divorcio! ¡Con su muerte, recobrarías la libertad!

—¡No quiero mi libertad a ese precio!

—¡Embustera!

—¡Te voy a...!

Al ver que Paula iba a atacar a Raquel, Ross Garrett dio un salto y se interpuso entre las dos hermanas.

—Cálmate, Paula —rogó, tomando por los hombros a su esposa. Ella forcejeó con él.

—¡Aparta, Ross! ¡Quiero arañarle la cara a esa arpía!

—Es tu hermana, Paula.

—¡Es una hiena!

—Tranquilízate, por favor.

—¡Ha dicho que yo deseo tu muerte!

—Yo sé que no es verdad.

Paula dejó de forcejear con su marido y le miró a los ojos, los suyos casi en llanto.

—¿Eres sincero al decir eso, Ross?

—Totalmente sincero, Paula —respondió Garrett, con una leve sonrisa.

Paula sintió deseos de abrazar a su esposo y darle un beso de agradecimiento, pero se contuvo, limitándose a decir:

—Gracias, Ross.

Garrett extrajo su pañuelo y secó las lágrimas de su mujer, que ya le resbalaban por las mejillas.

Raquel Ewell sintió unos celos terribles, pero no se atrevió a seguir acusando a su hermana, después de las palabras

pronunciadas por Ross Garrett.

Se sentó de nuevo en el sofá y abrió nerviosamente su bolso, del cual extrajo una cajetilla de cigarrillos. Se puso uno en los labios, ligeramente temblorosos, y lo encendió.

Ross Garrett se volvió hacia ella.

—Pídele perdón a Paula, Raquel.

—Ni lo sueñes —respondió su cuñada.

—Entonces, tendrás que marcharte.

El rostro de Raquel Ewell se congestionó de ira.

—¿Me echas de tu casa, Ross...?

—Después de lo que has dicho, no tengo más remedio que hacerlo. Has ofendido a tu hermana, y te niegas a pedirle perdón.

—¿Cómo voy a pedirle perdón, si sigo creyendo que fue ella quien contrató a...?

Garret señaló la puerta y ordenó:

—Vete, Raquel. Y no vuelvas por esta casa mientras no estés dispuesta a pedirle disculpas a Paula.

Raquel Ewell se levantó del sofá, con brusquedad, los ojos chisporreantes de cólera.

—De acuerdo, Ross. Me iré y no volveré a poner los pies en tu casa. Pero ándate con cien ojos. Falló lo de la avioneta y falló el asesino profesional. El próximo intento puede dar los frutos apetecidos por... la persona que desea tu muerte —esto último lo dijo mirando a su hermana.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

Raquel tomó su bolso y caminó hacia la puerta, saliendo con paso rápido del salón.

Ross miró a su esposa. Ella dijo:

—Gracias de nuevo, Ross.

—¿Por haber echado a Raquel?

—Sí. De no haberlo hecho, me hubiese marchado yo. Garrett volvió a tomarla por los hombros, cariñosamente.

—Yo no quiero que tú te marches nunca, Paula.

—Por eso no me concedes el divorcio, ¿eh?

—¿Lo has meditado con más calma?

—¿El qué?

—La proposición que te hice.

—¿Te refieres a lo de dormir en la misma alcoba, mientras

duren los trámites para el divorcio?

—Sí.

—No hay nada que meditar, Ross. No puedo acostarme contigo, porque no te quiero.

—Tu sacrificio valdría la pena, Paula. Obtendrías la libertad, volverías a ser Paula Ewell. ¿No es lo que más deseas...?

—Sí, pero el precio que me pones es demasiado alto.

—Tú y yo hemos hecho el amor muchas veces. ¿Qué más te da que lo hagamos unas cuantas veces más?

—No podría.

—¿No será que tienes miedo, Paula?

—¿Miedo...?

—Sí.

—¿De qué?

—De descubrir que sigues enamorada de mí, aunque tú te repitas una y otra vez que me odias.

Paula notó un calor excesivo en las mejillas.

—Eso es totalmente imposible, Ross.

—¿Estás segura, Paula?

—Absolutamente.

—Entonces, no veo por qué rechazas mi proposición.

—Te lo repetiré una vez más: no quiero acostarme con un hombre al que no amo —dijo Paula, y echó a andar hacia la puerta, saliendo de la estancia.

CAPÍTULO VI

Hacía ya más de una hora que Ross Garrett se había acostado. Su alcoba se hallaba en penumbra, pero Ross no dormía.

Pensaba.

En Paula, en Raquel, en Anette, en Richard...

Sólo ellos cuatro sabían que los restos mortales enterrados la tarde anterior no eran los suyos.

Teniendo en cuenta eso, forzosamente había que sospechar que uno de los cuatro se había puesto en contacto, por medio del teléfono con el tipo que intentó volarle la cabeza con su rifle en la carretera, cuando él regresaba de Atlanta.

Casi se podía descartar de antemano al chófer y a la doncella.

¿Por qué iban ellos a desear su muerte?

¿Qué beneficio obtendrían con ella? Ninguno.

Por otra parte, contratar los servicios de un asesino profesional siempre resulta caro, y ni Richard ni Anette podían permitirse ese lujo.

En cuanto a Raquel...

Ella sí podía pagar a un asesino profesional, pero también parecía descabellado pensar que Raquel deseara su muerte.

Estaba enamorada de él.

¿Cómo iba a encargar la muerte del hombre que más quería? No, había que descartar también a Raquel.

Quedaba Paula.

Ella sí tenía motivos para desear su muerte. Y le odiaba, no se cansaba de repetirlo.

Sería la más beneficiada si él abandonaba el mundo de los vivos. Era su esposa.

Todo sería para ella.

Su magnífica casa, su fortuna, sus productivos negocios... Ross Garrett, sin embargo, se resistía a sospechar de Paula. En su mirada no había el menor asomo de culpabilidad.

O era una estupenda actriz, o era inocente. Ross apostaba por esto último.

Ojalá no se equivocara, porque...

Ross Garrett interrumpió de pronto sus pensamientos y miró hacia la puerta que daba a la terraza, que permanecía entornada.

La cortina que la cubría se movía levemente, sacudida sin duda por la suave brisa nocturna.

Ross, sin embargo, no estaba muy seguro de que la cortina se moviese a causa de la brisa.

Había escuchado un ruido.

Muy leve, pero estaba seguro de haberlo oído.

Y, si su desarrollado sentido auditivo no le había engañado, significaba que había alguien en la terraza, junto a la puerta, intentando abrirla con el mayor sigilo.

Ross Garrett estuvo tentado de abandonar el lecho, pero temió que su cuerpo, al moverse, hiciera crujir el somier y eso pusiera en fuga a la persona que pretendía colarse silenciosamente en su alcoba.

Continuó, pues, tendido en la cama. Absolutamente inmóvil.

Sin apartar los ojos de la puerta de la terraza. Vio cómo se abría.

Muy lentamente.

Una silueta masculina apareció tras la transparente cortina. El hombre era muy alto.

Y muy corpulento.

Ross contuvo el aliento.

El intruso apartó suavemente la cortina.

Ross pudo ver entonces que el tipo que se cubría el rostro; con una careta de simio, impresionaba lo suyo.

Mucho más, sin embargo, impresionaba el reluciente machete que el fulano esgrimía en su diestra.

Ross Garrett ya no tuvo dudas. El tipo había venido a matarle. Otro asesino profesional.

La persona que deseaba su muerte no perdía el tiempo, desde luego. Tenía prisa por verlo en el cementerio.

Pues no.

Ross no pensaba darle ese gusto.

Lucharía con el fulano del machete y procuraría atraparlo vivo, para que confesase el nombre de la persona que lo había contratado.

El tipo ya había salido de detrás de la cortina y se acercaba con gran sigilo a la cama. Ross entornó los ojos, cerrándolos casi, para que el brillo de sus pupilas no revelara al asesino que él se hallaba despierto.

Esperó.

Todo su cuerpo en tensión.

El tipo de la careta de mono alcanzó la cama. Elevó el brazo derecho.

La ancha hoja del machete destelló en la oscuridad de la alcoba.

—Adiós, Ross Garrett —murmuró el asesino, y descargó el machete.

Ross giró sobre sí mismo, con sorprendente rapidez, y cayó al suelo, cuando ya el largo y centelleante acero se hundía en el colchón atravesándolo.

El asesino quedó paralizado por la sorpresa.

Ross brincó del suelo y se arrojó valientemente sobre el musculoso individuo, por encima de la cama.

Rodaron los dos por la moqueta, enzarzados. Ross golpeó al tipo en el rostro, por dos veces.

El asesino también consiguió colocar uno de sus puños en la mandíbula del hombre que le habían encargado liquidar.

Fue una especie de coz, que obligó a Ross Garrett a soltar al fulano de la careta. Éste aprovechó la circunstancia para incorporarse de un salto.

Ross también se irguió. El asesino no le atacó.

No le convenía la lucha cuerpo a cuerpo, porque armaba mucho ruido y podía acudir alguien en ayuda de Ross Garrett.

El tipo se arrojó sobre la cama y desclavó el machete.

Ross también saltó, sobre la ancha espalda del individuo, cuyo cuello cercó con su brazo izquierdo, mientras su mano derecha se aferraba a la muñeca del asesino, para que éste no pudiera hacer uso de su temible machete.

El fulano, con su mano libre, agarró del pelo a Ross Garrett y comenzó a tirar con fuerza. Ross no pudo reprimir un grito de

dolor, pero no soltó el cuello del tipo ni su muñeca.

Como el asesino seguía tirándole del cabello, y la oreja derecha de éste no quedaba muy lejos de su boca, Ross se la mordió con saña.

Quien gritó ahora fue el tipo de la careta de mono.

—¡No me muerdas la oreja, bastardo! —rugió.

—¡No me tires tú del pelo, hijo de madre soltera! —replicó Ross. El asesino le soltó el cabello.

Los dientes de Ross soltaron el apéndice auricular del tipo que ya chorreaba sangre.

El asesino intentó liberarse de Ross Garrett de otro modo: despidiéndole por encima de su cabeza.

Lo catapultó con un brusco movimiento de su cuerpo, pero como él no le soltó el cuello ni la mano, cayeron los dos de la cama.

La caída resultó fatal para el tipo de la careta de simio, pues se clavó el machete en el hígado, casi hasta la empuñadura.

El alarido que lanzó, unido al brusco encogimiento de su cuerpo, hizo que Ross Garrett sospechara lo ocurrido.

Soltó al asesino.

Ya no era necesario sujetarle, porque él no ofrecía resistencia alguna. Sus poderosos músculos estaban como dormidos.

Ross se puso en pie y encendió la lámpara de la mesilla de noche. El asesino seguía en el suelo, sobre un charco de sangre.

Inmóvil.

Ross se arrodilló junto a él y le quitó la careta de mono. Le pareció que debajo llevaba otra, pero no.

Es que el tipo era muy feo, y su fealdad natural quedaba acentuada por aquella horrible mueca de sufrimiento que se había formado en su rostro.

Seguía con vida, aunque se adivinaba que por poco tiempo. Ross trató de hacerlo hablar.

—Eh, amigo. No te mueras sin decirme quién te encargó que me liquidaras. El asesino entreabrió los labios, pero ningún sonido salió de su boca.

—Vamos, haz un esfuerzo, muchacho. Tú te vas a ir al otro mundo, pero la persona que te contrató se va a quedar en éste, tan pancha. No es justo, compañero. Dime su nombre y te prometo que no se saldrá de rositas —insistió Ross.

El tipo le hizo caso y se esforzó por hablar, pero sólo logró emitir una especie de débil gruñido, totalmente ininteligible.

Después, cerró los ojos y dobló la cabeza. Había muerto.

CAPÍTULO VII

Un par de segundos después de que el tipo de rostro feo expirase, la puerta de la alcoba se abrió con brusquedad, dando paso a Paula Garrett, que se había puesto una bata sobre el largo y negro camisón.

—¡Ross! —gritó, al encontrar a un hombre tendido en el suelo, con un machete hundido en el hígado y mucha sangre sobre la moqueta.

Garrett se irguió lentamente y miró a su esposa.

—Hola, Paula.

Ella se acercó, pálida y temblando perceptiblemente.

—¿Qué ha pasado, Ross...?

—He sufrido otro intento de asesinato. El tipo se coló por la terraza, con un machete en la mano. Esperaba hallarme dormido, pero, por fortuna, no podía conciliar el sueño y estaba despierto. Luchamos y...

—Los ruidos de la lucha me despertaron. Me estaba enfundando la bata, cuando escuché un alarido.

—Lo lanzó el tipo, al clavarse el machete. Sucedió cuando caímos los dos de la cama. Tuvo mala suerte.

—Mejor que la tuviera él que tú.

—Desde luego —suspiró Garrett.

—¿Quién puede tener tanto empeño en que mueras, Ross?

—Ojalá lo supiera.

—¿Sigues sin sospechar de mí? Garrett sonrió suavemente.

—Confío plenamente en ti, Paula. No sé si todavía me quieres, si es cierto que me odias, o si, simplemente, te soy indiferente. Pero te conozco bien, y sé que tú no serías capaz de contratar a un asesino para que me diese muerte.

Paula sonrió también con suavidad.

—No sería capaz, Ross, te lo juro.

—Voy a llamar a la policía.

* * *

El teniente Scott, un tipo de estatura corriente, fornido y con el pelo muy corto, llegó acompañado de tres de sus hombres.

Poco después, llegaba la ambulancia que debía trasladar el cadáver al Depósito.

Ross Garrett, que por teléfono se había limitado a decir que había sufrido un nuevo intento de asesinato, informó ahora con detalle al teniente Scott.

Richard y Anette se hallaban presentes, los dos en bata, como Paula Garrett. También Ross se había puesto una bata.

—Esto no me gusta nada, señor Garrett —rezongó Scott.

—Tampoco a mí, teniente, se lo aseguro —repuso Ross.

—Dos intentos de asesinato, en un mismo día...

—La persona que desea mi muerte tiene mucha prisa, no cabe duda. Le falló lo de la avioneta, y quiere enmendar dicho fallo cuanto antes.

—Necesita usted protección, señor Garrett.

—Contrataré un par de guardaespaldas.

—Que sea lo primero que haga mañana, cuando se levante.

—Lo haré, descuide.

—Bien.

Algunos minutos después, el teniente Scott y sus hombres abandonaban la casa.

—Volvamos a nuestras habitaciones —indicó Ross Garrett.

—Yo no pienso volver a la mía, señor Garrett —dijo Richard, el chófer. Ross lo miró fijamente.

—¿Por qué, Richard?

—Está demasiado lejos de la suya, y si vuelve usted a tener problemas, no me enteraré de nada y no podré acudir en su ayuda.

Ross sonrió.

—No creo que por esta noche vuelva a tenerlos, Richard.

—Por si acaso, voy a permanecer fuera de la casa, vigilando, con una llave inglesa en la mano. Como alguien se acerque, le abro la

cabeza con ella.

—Insisto en que no es necesario, Richard.

—Quiero hacerlo, señor Garrett.

—Está bien, no puedo prohibírtelo.

—Gracias, señor Garrett.

—A ti, Richard.

—Yo también puedo vigilar, señor —intervino Anette, toda decidida. Ross miró a la atractiva doncella.

—Creo que con Richard será suficiente, Anette. Gracias, de todos modos.

—Cuatro ojos ven más que dos, señor.

—No insistas, Anette. Anda, vuelve a tu cama.

—Como ordene, el señor.

—Vamos, Paula —dijo Ross, tomando del brazo a su esposa. Subieron a sus habitaciones.

Ross se detuvo frente a la de él.

—Que descanses, Paula.

—Me temo que no voy a poder —respondió ella, mirándole a los ojos.

—¿Estarás pensando en mí?

—Sí.

—Yo también pensaba en ti, cuando el asesino se coló en mi alcoba. Y eso me recuerda que te debo la vida. Si no hubiera pensado en ti, me hubiese dormido y el asesino no habría tenido ninguna dificultad para acabar conmigo con su machete.

Paula Garrett se estremeció visiblemente.

—Contratarás a los guardaespaldas, ¿verdad?

—No, no pienso hacerlo.

—Ross...

—Paula, si pongo muy difícil el llegar hasta mí, es posible que nadie se atreva a intentar poner fin a mi vida, y entonces nunca sabré quién desea tan fervientemente mi muerte. Y, mientras no lo descubra, no podré vivir tranquilo. Por eso no quiero protección de ninguna clase. Esperaré sólo la llegada de un nuevo asesino profesional, y procuraré atraparlo vivo. Pude atrapar al tipo del riñe, pero el depósito de la gasolina de su coche estalló y el fulano murió. Tampoco tuve suerte con el segundo asesino, pues se clavó su propio machete. Veremos si es verdad eso de que a la tercera va

la vencida.

—Me parece una locura.

Ross enlazó por la cintura a su esposa. Ella trató de soltarse.

—¿Qué intentas, Ross?

—Sólo quiero darte un beso.

—No.

—Tengo derecho a besarte, soy tu marido.

—Un marido con muchas amantes. Entre ellas, Raquel, mi propia hermana. Ross no supo qué responder.

Paula sonrió burlonamente.

—Creías que no lo sabía, ¿eh?

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace tiempo que lo sospechaba, y la propia Raquel me lo ha confirmado hoy.

—No debió decírtelo.

—No quería, pero yo la incité a ello.

—Bueno, no importa. Raquel no me interesa lo más mínimo, ya tenía decidido no volver a verla. Ni a ella, ni a ninguna otra. Sólo me interesas tú, Paula —aseguró Ross, estrechando el cerco que sus vigorosos brazos formaban en torno a la cintura de su mujer.

El cuerpo de Paula quedó literalmente pegado al de su marido.

—Suéltame, Ross —pidió ella, sintiendo que enrojecía.

—Cuando te haya besado.

—Sí lo intentas, te morderé.

—¿Tanta importancia le das a un simple beso?

—Depende de quién me lo dé.

—Tu marido.

—Un marido al que no quiero.

—Me lo repetirás después del beso —dijo Ross, y selló los apetecibles labios de su mujer con los suyos.

Paula se debatió entre sus brazos, intentó apartar su boca de la de él, pero no lo consiguió, y fue entonces cuando decidió cumplir su amenaza: morder los labios de su marido.

Sin embargo, no llegó a hacerlo. Y ni ella misma supo por qué.

Ross siguió besándola con pasión.

Paula, sin darse cuenta, dejó de debatirse, de luchar con él, y quedó como muerta entre sus brazos.

Al percatarse de ello, Ross separó su boca de la de ella y la miró

a los ojos.

—Vuelve a decirme que no me quieres, Paula.

—Te odio, Ross.

—No me has mordido los labios.

—Lo haré, si intentas besarme de nuevo.

—¿Qué te apuestas a que no?

—Suéltame, te lo suplico.

—No veo odio en tus ojos, Paula. Sólo miedo.

—Te equivocas, no tengo miedo.

—Estás temblando.

—Será que tengo frío.

—No hace.

—Déjame, Ross, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero eres tú, Paula —aseguró Garrett, y volvió a besarla, con más pasión aún que antes.

Paula no se debatió esta vez, y tampoco mordió los labios de su esposo.

Se dejó besar sumisamente y, llevada por su instinto, empezó a devolver el beso, a abrazarse con fuerza a su marido.

Cuando, mucho tiempo después, separaban sus bocas, Ross sonrió y dijo:

—Tú me sigues queriendo, Paula. Ella ni lo negó ni lo afirmó.

Se separó bruscamente de él, corrió hacia su alcoba, y se introdujo en ella.

CAPÍTULO VIII

Ross Garrett estuvo tentado de ir en busca de su esposa, pero no lo hizo. Entró en su alcoba.

No cerró la puerta con llave, pero sí puso una silla tras ella.

Si alguien intentaba entrar, movería la silla y el ruido le despertaría. Ross colocó otra silla junto a la puerta que daba a la terraza.

Después, se despojó de la bata, se metió en la cama y apagó la luz. Tardó una media hora en conciliar el sueño, pero finalmente se durmió. Nada ni nadie interrumpió su sueño.

Ross se despertó temprano.

Todavía faltaban unos minutos para las ocho.

Ross se levantó y se introdujo en el cuarto de baño.

Media hora después salía de él duchado, afeitado y peinado. Y en cueros, todo hay que decirlo.

El pijama había quedado en el baño. Ross se vistió y abandonó su alcoba.

Antes de bajar en busca del desayuno, se acercó a la alcoba de su mujer y dio unos suaves golpecitos en la puerta.

—¿Paula...?

Ella no le respondió. Ross repitió los golpes.

—¿Paula...? —La llamó de nuevo. El resultado fue el mismo.

Ross, intrigado, tomó el pomo de la puerta y lo hizo girar. La puerta se abrió, porque no estaba cerrada con llave. Ross entró en la alcoba.

La luz solar que se filtraba por la entornada puerta de la terraza le permitió descubrir a su mujer, sobre la cama, boca abajo, la sábana cubriéndole sólo hasta la cintura.

Ross cerró la puerta y se acercó a la cama. Paula dormía.

Profundamente.

Por eso no había respondido a sus llamadas.

Uno de los tirantes del negro camisón se había deslizado hombro abajo, dejando al descubierto buena parte de la suave y tersa espalda femenina.

Ross no pudo resistir la tentación de inclinarse y depositar un cálido beso entre los omóplatos.

Paula tuvo un leve estremecimiento, pero no despertó. Ross sonrió y le dio otro tierno beso, ahora en el hombro. Como su mujer tampoco se despertó, le retiró la negra mata de pelo y la besó en el cuello.

Paula emitió un dulce gemido de placer y musitó:

—Ross...

—Aquí me tienes, querida. Paula dio un respingo y exclamó:

—¡Ross!

—¿A qué viene ese sobresalto?

Paula se volvió con brusquedad, lo cual hizo que el tirante del camisón se le fuese más para abajo, dejándole visible casi todo el seno izquierdo.

Un seno redondo, túrgido, firme, de erecto pezón y erótica aureola oscura. Los ojos de Ross Garrett se clavaron allí.

La excitante visión, sin embargo, duró muy poco, porque Paula se subió el tirante con un rápido movimiento y su hermoso seno quedó oculto bajo el camisón.

Bueno, semioculto solamente, porque el fino tejido permitía vislumbrar lo que había debajo.

Paula, con la cara muy roja, barbotó:

—¿Cómo te has atrevido a...?

—¿A qué, cariño?

—¡A entrar en mi alcoba sin llamar!

—Llamé, Paula, pero tú dormías tan a gusto que no me oíste.

—¡Y eso te vino de perillas para aprovecharte de mí, mientras dormía!

—No me he aprovechado de ti, Paula.

—¡Me estabas besando en el cuello!

—Te gustó, como también te gustó anoche que te besara en los labios, confíesalo.

—¡No tengo nada que confesar!

—Me devolviste el segundo beso, Paula, y te abrazaste con fuerza a mí. Paula Garrett desvió la mirada.

—No recuerdo que hiciera tal cosa.

—Claro que lo recuerdas.

—¡Te digo que no!

—Está bien, no te alteres. Si tanto te asusta admitir que todavía me quieres, sigue negándolo y engañándote a ti misma. Yo sé que es verdad, y eso me hace muy feliz, te lo aseguro.

—Sal de mi alcoba, Ross, te lo ruego —pidió Paula, desviando nuevamente la mirada.

—Sí, ya me voy. Sólo he venido a decirte que tengo que salir. Paula lo miró.

—¿Adónde vas, Ross? —preguntó, con evidente temor.

—A ver a Raquel.

Las pupilas de Paula centellearon.

—Conque a ver a Raquel, ¿eh?

—Sí, pero no por lo que tú te imaginas.

—No tienes por qué ocultármelo, me importa un rábano que hagas el amor con ella.

—Te repito que Raquel no me interesa. Si voy a verla, es porque... Bueno, prefiero decírtelo cuando vuelva.

—Ahórrate la molestia.

—Paula...

—Lárgate ya, Ross.

—Estaré de vuelta a eso de las doce. Sí sigo vivo, claro. Paula se estremeció.

—Ten mucho cuidado, Ross.

Garrett sonrió.

—Lo tendré, no te preocupes —prometió, y le dio un beso en los labios, que Paula no rechazó.

* * *

Ross Garrett despachó con cierta prisa el desayuno que le sirvió Anette y luego salió de la casa, encaminándose hacia el garaje, en donde halló a Richard.

El chófer tenía cara de sueño.

—Buenos días, Richard.

—Buenos días, señor Garrett.

—No tuviste necesidad de abrir ninguna cabeza con tu llave inglesa, ¿verdad?

—Afortunadamente, señor Garrett —sonrió el chófer.

—¿No has pegado ojo en toda la noche, Richard?

—No.

—Se te nota. Anda, ve a acostarte y no te levantes hasta las tres o las cuatro.

—¿No me necesita usted para nada, señor Garrett?

—No, Richard. Voy a ir a la ciudad, pero solo.

—Deje que le lleve yo, señor Garrett.

—Nos estrellaríamos contra un árbol, porque estás que te caes de sueño, Richard —sonrió Ross.

—Le aseguro que eso no sucederá, señor Garrett.

—Ya sé que no, Richard; sólo era una broma.

—¿Le llevo a Atlanta, entonces?

—No, Richard, te repito que quiero ir solo.

—Pueden estar esperándole en la carretera, señor Garrett.

—No lo creo, Richard. Ese tipo de intento de asesinato ya lo utilizaron ayer, y no es probable que se repita. La persona que desea mi muerte demostraría ser muy poco original.

—Me asombra su tranquilidad, señor Garrett.

—A todo se acostumbra uno, Richard. Y como yo ya he sufrido tres intentos de asesinato...

—Envidio su sangre fría, de verdad.

—Me llevo el «Plymouth», Richard.

—Está a punto, señor Garrett.

Ross se introdujo en el «Plymouth» verde, encendió el motor, y puso el vehículo en movimiento, sacándolo del garaje.

* * *

Unos treinta minutos después, Ross Garrett estacionaba su coche frente al edificio de apartamentos en donde vivía Raquel Ewell.

Salió del «Plymouth», cruzó el portal, y se introdujo en el ascensor.

Pulsó el botón del piso quinto.

Segundos más tarde oprimía el botón del timbre del

apartamento

20-G.

Tuvo que esperar algo más de un minuto.

Transcurrido ese tiempo, y cuando ya Ross se disponía a pulsar de nuevo el timbre, la puerta se abrió y Raquel Ewell se dejó ver, envuelta en una bata blanca, los pies desnudos, el cabello revuelto, el gesto somnoliento.

Garrett le sonrió.

—Hola, Raquel.

—Ross... —pronunció quedamente ella, visiblemente sorprendida.

—¿Te he sacado de la cama?

—Sí, estaba durmiendo, todavía.

—Lo siento.

—No importa. Pasa.

Ross entró en el apartamento de su cuñada. Ella cerró la puerta y lo miró con fijeza.

—¿Has venido a disculparte, Ross?

—¿Por haberte echado de mi casa?

—Sí.

—No, no he venido a eso.

—¿A qué, entonces?

—A decirte que ya sé quién desea mi muerte. Raquel respingó.

—¿De veras, Ross...?

—Sí, lo descubrí anoche.

—Es Paula, ¿verdad?

—No, no es Paula.

—¿Quién, entonces...?

Ross tardó unos segundos en responder:

—Tú, Raquel.

CAPÍTULO IX

Raquel Ewell palideció.

—¿Que yo...? —dijo, con un hilo de voz. Ross Garrett asintió con la cabeza.

—Sí, Raquel. Tú pagaste al tipo que manipuló el motor de mi avioneta, para que fallara de repente en pleno vuelo, contrataste al fulano que me disparó en la carretera, con su rifle, y al individuo que intentó atravesarme el pecho con su machete, anoche.

Raquel Ewell boqueó.

—¿Que anoche intentaron...?

—¿Vas a decirme que no lo sabías?

—¡Es la primera noticia que tengo, te lo juro!

—No jures en falso, Raquel.

—¡Es la verdad, Ross!

—Mientes.

—¿Por qué iba yo a desear tu muerte? ¡Te quiero, Ross, tú lo sabes!

—Eso era lo que me impedía sospechar de ti, Raquel; que me quieres. Pero tú sabes que yo amo a Paula, y que por eso no le concedo el divorcio, pues confío en que ella vuelva a quererme. Ésa es la razón de que desees mi muerte. Ya que no puedo ser para ti, tampoco para Paula.

Raquel Ewell sacudió la cabeza.

—¡No sabes lo que dices, Ross! ¡Si yo fuera lo suficientemente ruin y perversa como para encargarme la muerte de alguien, hubiera sido la de Paula!

Garrett entornó los ojos.

—¿La de Paula...?

—¡Naturalmente! ¡La odio, Ross, porque tú la quieres! ¡Es mi

hermana, pero desearía mil veces su muerte antes que la tuya!

Ross Garrett guardó silencio.

Lo que Raquel decía tenía sentido.

Ella le amaba y, eliminando a Paula, tendría posibilidades de casarse con él. Eliminandolo a él no conseguiría nada.

Ross tuvo que admitir que se había equivocado al acusar a su cuñada, no podía ser ella la persona que deseaba su muerte.

Raquel preguntó:

—¿Tienes alguna prueba contra mí, Ross?

—No —confesó Garrett.

—¿Y te has atrevido a acusarme sin...?

—Fue un truco para hacerte hablar. A veces, de una mentira se saca una verdad.

—Entiendo.

—Perdóname, Raquel.

—No sé si podré, Ross. Que me echaras de tu casa, para quedar bien delante de Paula, pase; pero que me hayas creído capaz de contratar un asesino tras otro, para que te mandaran al otro mundo...

Garrett la tomó por los hombros.

—Estoy avergonzado, Raquel.

—Tienes motivos, desde luego.

—Te suplico que me perdones.

—Si sólo me lo pides con palabras, no hay perdón que valga —hizo saber Raquel, con un brillo muy significativo en sus maliciosos ojos azules.

Ross Garrett entendió y no se hizo de rogar.

Besó los carnosos e incitantes labios de su cuñada.

Ella le cercó el cuello con sus brazos y se pegó a él, devolviéndole el beso con mucho ardor.

Ross trató de interrumpir la unión de sus bocas, pero Raquel apretó con fuerza su nuca y no lo permitió.

La lengua femenina entró en acción.

Ross notó que su masculinidad reaccionaba y se separó bruscamente de su fogosa cuñada, porque no deseaba que aquello sucediera.

—Basta, Raquel.

—¿Basta, cuando no hemos hecho más que empezar...? —sonrió

lascivamente ella, y se soltó el cinturón de la bata.

Ross fue a decir algo, pero no le dio tiempo. La bata de Raquel yacía ya en el suelo.

Ross no pudo evitar que sus ojos recorriesen el exuberante cuerpo desnudo de su cuñada, sus jóvenes y agresivos senos, de amplio y rosado pezón, sus rotundas caderas, el sedoso vello que poblaba su pubis, sus hermosas piernas...

Raquel se le acercó y le pasó nuevamente los brazos por el cuello, acariciando hábilmente su nuca, al tiempo que se restregaba contra él como una gata en celo, los labios entreabiertos, la lengua asomando por entre ellos, incitante.

—Vamos a hacer el amor con más ganas que nunca, mi vida —dijo, y buscó ansiosamente la boca de Ross.

* * *

Mientras tanto, en la calle, dos tipos le habían echado el ojo al «Plymouth» de Ross Garrett.

Eran jóvenes.

Veintipocos años.

Pinta de gamberros.

Lo eran.

También eran ladrones de coches.

Uno de ellos se situó en el portal del edificio de apartamentos frente al cual se hallaba estacionado el «Plymouth» verde, como adivinando que su dueño se había metido por allí.

Mientras él vigilaba, su compañero se acercó disimuladamente al coche que pretendían robar, se introdujo en él en un abrir y cerrar de ojos, y accionó la llave de contacto.

La llave de contacto accionó otra cosa.

La bomba que había sido colocada en el coche segundos después de que Ross Garrett subiese al apartamento de Raquel Ewell y poco antes de que la pareja de ladrones de automóviles se fijase en el magnífico «Plymouth» verde.

El vehículo estalló en pedazos, deshaciendo literalmente al tipo que se había sentado al volante.

La poderosa onda expansiva destrozó los cristales más bajos, al tiempo que lanzaba despedido al tipo que se situara en el portal del

edificio.

Por fortuna, nadie más se encontraba cerca en aquellos momentos, y sólo el compañero del joven que había saltado hecho pedazos resultó herido, aunque no de gravedad.

Recibió un fuerte golpe en la cabeza, al chocar contra la pared del portal, y quedó tendido en el suelo, sin conocimiento.

* * *

En el apartamento de Raquel Ewell, como en todos los del edificio, se escuchó el estruendoso estallido de la bomba colocada en el «Plymouth» de Ross Garrett.

La explosión tuvo lugar apenas unos segundos después de que Raquel pegara su boca a la de Ross, y ambos se separaron al instante, alarmados.

—¿Qué ha sido eso, Ross...?

—Juraría que una bomba —adivinó Garrett, y corrió hacia la terraza.

Raquel recogió su bata del suelo, se la enfundó rápidamente, sin perder tiempo atándose el cinturón, y corrió también hacia la terraza, sujetándose la bata con las manos.

Ross salió a la terraza y miró abajo.

Un ramalazo de frío le estremeció el cuerpo al descubrir que su «Plymouth» había saltado en mil pedazos.

Raquel llegó junto a él y miró también a la calle.

—¡Ha estallado un coche, Ross! —exclamó la joven.

—Sí, vine con el «Plymouth». Alguien ha debido poner una bomba, mientras yo hablaba contigo. Por razones que desconozco, la bomba estalló antes de que yo volviera al coche, y eso me salvó la vida.

Raquel agarró por los hombros al marido de su hermana, lo cual hizo que su bata se entreabriera y dejara parte de sus encantos al descubierto, pero ella, pese a que se hallaban en la terraza, no pareció importarle.

—Ross.

—¿Qué?

—¿Sabía alguien que venías a verme?

—Sí.

—¿Quién?

—Paula.

Los ojos de Raquel despidieron un centelleo.

—Paula... —musitó.

—Sí, pero...

—¿Se lo dijiste a alguien más, Ross?

—No.

—Entonces, está más claro que el agua. Paula ordenó que te pusieran esa bomba en el coche, Ross.

—No, sé que ella no es capaz.

—¡Lo es, Ross, lo es! Garrett sacudió la cabeza.

—No, no...

—¡Tienes la prueba, Ross!

—No creo que sea una prueba, Raquel.

—¿Que no...? ¡Sólo ella sabía que venías aquí!

—El tipo que puso la bomba pudo haberme seguido. Raquel se agarró la cabeza y cerró los ojos apretadamente. —¡Dios mío, qué ciego estás, Ross!

Como la bata se le había abierto más, y lo mostraba todo, Ross se la cerró, le ató el cinturón y la cogió del brazo.

—Entremos, Raquel. Tengo que telefonear al teniente Scott.

CAPÍTULO X

El teniente Scott se personó en el apartamento de Raquel Ewell, acompañado de uno de sus hombres.

—De buena se ha librado usted, señor Garrett.

—Eso parece, teniente.

—Si no llega a ser por los ladrones de coches... Ross Garrett entrecerró los ojos.

—¿Ladrones de coches...?

—¿Es que todavía no sabe usted que la bomba instalada en su «Plymouth» estalló porque dos conocidos delincuentes intentaron birlárselo?

—No, no estoy enterado, teniente.

—Pues eso fue lo que le salvó la vida, señor Garrett. Uno de los tipos, a quien llamaban *Fredel Chinche*, se introdujo en su «Plymouth» y accionó la llave de contacto, haciendo estallar la bomba destinada a usted. El otro delincuente, a quien se conoce por *Joeel Meticuloso*, se hallaba en el portal del edificio, vigilando. Joe tuvo suerte, sólo recibió un golpe en la testa, que le hizo perder el sentido. Lo interrogamos y lo soltó todo.

—Así que *Fredel Chinchemurió* por mí... —murmuró Ross.

—Sí.

—Lo siento por él.

—Yo también, pero me alegro de que la víctima no fuera usted, señor Garrett.

—Gracias, teniente.

—¿Contrató ya a los guardaespaldas?

—Todavía no.

—¿Y a qué espera, demonio? Si hubiera tenido a un hombre vigilando su coche, no le habrían puesto una bomba. —Los

contrataré esta misma mañana, teniente.

—A ver si es verdad.

El teniente Scott y el detective que le acompañaba se marcharon. Raquel Ewell miró a su cuñado.

—¿Por qué no se lo has dicho, Ross?

—¿El qué?

—Que sospechas de tu mujer.

—Porque no sospecho de ella, Raquel.

—¿Cómo puedes ser tan tonto?

—Sé que Paula es inocente.

—Te odia, Ross.

—Eso creía yo también, pero no es así. Raquel se desconcertó.

—¿Que Paula no te odia...?

—No; anoche me demostró que todavía me quiere.

—¿Dejó que le hicieras el amor...?

—Bueno, tanto como eso, no.

—Ya me extrañaba a mí.

—La besé, y ella me devolvió el beso. Y me abrazó con calor.

—La muy zorra...

—¡Raquel!

—¡La he llamado zorra y no lo retiro!

—Raquel, que no quisiera enfadarme de nuevo contigo. —Pero ¿es que no te das cuenta que Paula se mostró cariñosa contigo para que no sospeches de ella, pedazo de imbécil?

—Eso no es verdad.

—¡Pondría la mano en el fuego! ¡La acusé delante de ti, y ahora no tiene más remedio que fingir que no te odia!

—Me ama todavía, Raquel.

—¡No lloró tu muerte!

—Porque estaba resentida conmigo. Y con razón, tú lo sabes.

Raquel levantó las manos.

—Me dan ganas de arañarte, Ross.

—Será mejor que me vaya.

—No, espera. Quiero ir contigo, Ross.

—Voy a casa, Raquel.

—No tienes coche, te llevaré en el mío.

—Prefiero tornar un taxi.

—Temes la reacción de Paula, ¿eh?

—Bueno, después de lo que le dijiste ayer...

—Le pediré perdón, no te preocupes.

—¿Tú a Paula...?

—Fue la condición que pusiste para que yo pudiera volver a poner los pies en tu casa, ¿no?

—Pero tú sigues creyendo que es ella quien...

—Naturalmente que lo sigo creyendo. Y después de lo que ha pasado hoy, aún estoy más convencida.

—¿Y quieres pedirle perdón...?

—No quiero, pero es necesario. Tengo que volver a tu casa, Ross. Es más, me gustaría pasar unos días en ella. Hasta que se descubra que es Paula la que contrata a los asesinos que intentan acabar contigo.

—Me temo que Paula no querrá que te instales en nuestra casa.

—Le besaré los pies, si es preciso.

—Sabe que tú y yo hemos hecho el amor, Raquel.

—Se lo dije yo ayer, aunque ella ya lo sospechaba hacía tiempo.

—No debiste confirmárselo.

—¿Por qué no? No le importó en absoluto, te lo aseguro.

—Te equivocas, le sentó como un tiro.

—Comedia, pura comedia. Ross Garrett suspiró.

—Está bien, si Paula no tiene inconveniente en que pases unos días en nuestra casa, yo tampoco. Pero dudo mucho que acceda, te lo repito.

Raquel Ewell sonrió.

—Yo me encargo de convencerla, no te preocupes.

* * *

El «Dodge» azul de Raquel Ewell se detuvo frente a la casa de Ross Garrett. Ross y Raquel descendieron del vehículo.

Raquel, que vestía falda larga, muy amplia y abierta por delante, y una blusa color lila, tan liviana, que se le transparentaba el breve sujetador, portaba un fin de semana en las manos.

Ella y Ross subieron los cinco escalones de mármol.

Anette, la doncella, había abierto la puerta, al ver detenerse frente a la casa el coche de la hermana de la señora.

Ross y Raquel entraron en la casa.

—¿Dónde está Paula, Anette? —preguntó Ross.

—Acaba de subir a su alcoba, señor —respondió la doncella.

—Nos ha visto llegar, ¿eh?

—Sí, señor.

Ross miró a su cuñada.

—Aguarda en el salón, Raquel. Voy a hablar con Paula. —Yo también quiero hablar con ella, Ross.

—Luego, Raquel.

—Comoquieras.

Mientras Raquel Ewell se dirigía al salón, Ross Garrett subió a la alcoba de su mujer. Llamó a la puerta.

—¿Paula...?

Diez segundos después, la puerta se abría, dejando ver a una Paula Garrett seria y enfadada.

—¿Qué quieres? —preguntó hoscamente.

—Hablar contigo, Paula.

—En otro momento, ahora me duele la cabeza.

—Es importante, Paula.

—No es importante, es vergonzoso.

—¿Cómo?

—Te he visto llegar con Raquel.

—Tu hermana quiere pedirte perdón, Paula. Por eso está aquí.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿El qué?

—Que Raquel se humille, pidiéndome perdón.

—Fue idea de ella, te lo aseguro.

—No puedo creerlo. Conozco a Raquel mucho mejor que tú, y sé que no se disculparía por lo que me dijo ayer si no esperase obtener a cambio algo muy importante para ella.

¿O tal vez lo ha obtenido ya, Ross...?

—Ignoro lo que estás pensando, Paula, pero te repito que fue idea de Raquel. Yo no le pedí que viniera.

—¿Por qué fuiste a verla, Ross?

—Porque sospechaba de ella. Paula abrió la boca.

—¿De Raquel...?

—Sí, pero estaba equivocado. Pensé que Raquel deseaba mi muerte, porque ella está enamorada de mí y quiere que te conceda el divorcio, para poder casarse conmigo. Sabe que esto último jamás

sucedará, porque yo no la quiero. Aunque me divorciara de ti, no me casaría con ella. No es que yo se lo haya dicho, pero Raquel no es tonta, y lo sospecha. Sabe que te quiero a ti, y que jamás podré querer a otra mujer. Por todo ello sospeché de Raquel. Pero, como te he dicho antes, estaba equivocado. No es ella quien desea mi muerte. Y, ya que hablamos de mi muerte, tengo que comunicarte que esta mañana intentaron nuevamente acabar conmigo.

Paula palideció.

—Ross...

—Me pusieron una bomba en el coche, mientras hablaba con Raquel, pero... Ross se lo refirió con detalle.

Al término del relato, Paula, hondamente impresionada, se tambaleó, como si fuera a desmayarse.

Ross la sostuvo por la cintura.

—¿Qué te ocurre, Paula...?

—Me siento un poco mareada.

—Entremos en la habitación y te daré un poco de agua.

Paul se dejó llevar por su marido hasta la cama, donde se sentó.

Ross tomó la botella de agua que descansaba sobre la mesilla de noche y llenó el vaso, ofreciéndoselo a su esposa.

Paula bebió.

—¿Te sientes mejor, cariño? —preguntó Ross.

—Sí, gracias.

Ross se sentó también en la cama, junto a su mujer, y le cogió las manos tiernamente.

—Paula...

—¿Qué?

—Confiesa que todavía me quieres.

—Mentiría.

—Has estado a punto de desmayarte por mí.

—Me impresionó mucho lo de la bomba, eso es todo. —Creo que ya sé lo que te pasa, Paula.

—¿De veras?

—Te he hecho sufrir tanto, que ahora quieres vengarte de mí, negando que me quieres.

—No deseo vengarme, sólo deseo el divorcio, lo sabes muy bien.

—Mi proposición sigue en pie.

—Quiero el divorcio sin condiciones.

—Rebajaré considerablemente la condición que te puse. —
Explícate, Ross.

—No dormiremos juntos todo el tiempo que duren los trámites para nuestro divorcio, sino sólo una noche. Si, por la mañana, insistes en que no me quieres, te concederé el divorcio. ¿Estás de acuerdo, Paula?

—No.

—Piénsalo bien.

—No necesito pensarlo.

—Es sólo una noche, Paula.

—No insistas, Ross.

—Muy bien, no insistiré. Pero la puerta de mi alcoba estará abierta por las noches, por si cambias de parecer. —No cambiaré.

—¿Te encuentras ya bien, Paula?

—Sí, perfectamente.

—Vamos, pues. Raquel está esperando abajo.

CAPÍTULO XI

Raquel Ewell se puso en pie al ver entrar en el salón a Ross y Paula. Observó a su hermana.

Paula vestía un ajustado pantalón claro y un blusón estampado.

Raquel la encontró radiante de hermosura, como siempre, y sintió un poco de envidia.

—Buenos días, Paula —dijo, con una suave sonrisa.

—Hola, Raquel —respondió su hermana, seria.

—He venido a disculparme por lo de ayer. No pensaba realmente lo que decía, fue todo producto de los nervios.

—¿Seguro que fueron los nervios?

—Sí, créeme. La muerte de Ross te beneficiaría, pero tú no eres capaz de contratar a alguien para que lo elimine.

—Tú tampoco, ¿verdad, Raquel? Raquel enrojeció ligeramente.

—Te ha contado Ross que llegó a sospechar de mí, ¿eh?

—Sí.

—No sé cómo pudo, la verdad.

—Producto de los nervios, seguramente —sonrió Paula, con ironía.

—Sí, todos estamos demasiado nerviosos —carraspeó Garrett.

—Yo perdoné a Ross. ¿Me perdonas tú a mí, Paula?

—Naturalmente, Raquel. Tampoco yo soy rencorosa.

—Gracias, Paula. ¿Puedo quedarme unos días aquí, en vuestra casa? Paula miró a su marido.

—¿Tú qué dices, Ross? Garrett emitió una tosecita.

—A Raquel le interesa más tu consentimiento que el mío, Paula.

—La casa es tuya, Ross.

—Nuestra, querida. Paula esbozó una sonrisa.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Raquel.

—Te lo agradezco mucho, Paula —sonrió ampliamente su hermana.

—Le diré a Anette que te prepare una habitación. ¿Te gusta la que está junto a la de Ross?

La indirecta era tan clara, que Ross Garrett soltó otra tosecita. Raquel, con un leve destello en sus azuladas pupilas, respondió:

—Sí, me sentiré muy cómoda en ésa.

* * *

Llegó la noche.

Richard, el chófer, se empeñó en vigilar la casa, llave inglesa en mano, y Ross Garrett no quiso impedírselo.

Ross, Paula y Raquel se introdujeron en sus respectivas alcobas. Raquel se desnudó completamente y entró así en el cuarto de baño. Quería darse una ducha, antes de ir en busca de Ross.

Sí.

Iría a la alcoba de su cuñado.

El cuerpo le pedía movimiento, y nadie mejor que Ross para proporcionárselo. Era el mejor de los amantes.

El más experto.

El más apasionado.

No habían podido hacer el amor aquella mañana, por culpa de la bomba colocada en el «Plymouth» de Ross, pero lo iban a hacer aquella noche.

Gozando ya con el pensamiento, Raquel se puso debajo de la ducha y dejó caer el agua, que resbaló rápidamente por su cuerpo desnudo, proporcionándole una agradable sensación.

No permaneció mucho tiempo bajo la ducha, porque el deseo de reunirse con Ross era demasiado apremiante.

Atrapó la toalla, se secó el cuerpo con rapidez, y salió del cuarto de baño. Fue entonces cuando ocurrió.

Apenas cruzar la puerta.

Raquel no supo qué estaba pasando exactamente, pero sentía que algo apretaba su cuello.

Fuertemente.

Dolorosamente.

Raquel se llevó las manos al cuello y palpó la delgada cuerda de

nylon que se lo cercaba. Intentó meter los dedos bajo ella, para contrarrestar la presión que ejercía sobre su garganta, pero no lo consiguió.

La presión era tan terrible, que la cuerda se había clavado literalmente en su carne, rasgándole la fina piel.

Raquel echó sus brazos hacia atrás, intentando agarrar a la persona que pretendía estrangularla, pero sus manos sólo encontraron el vacío.

El rostro de la desgraciada se amorató, sus ojos se dilataron al máximo, dando la sensación de que iban a saltarle de las cuencas, su boca estaba abierta de par en par y la lengua le asomaba cada vez más, muy roja.

La expresión de Raquel Ewell era de infinito terror. Sabía que iba a morir estrangulada.

Nadie acudiría en su socorro, porque ella no podía pedirlo. La cuerda que apretaba su cuello le impedía gritar.

Las fuerzas empezaron a fallarle, la vista se le nubló, todo lo veía ya turbio, borroso.

El dolor que sentía en el pecho era cada vez mayor, porque sus pulmones reclamaban aire, y ella no podía proporcionárselo.

Raquel Ewell perdió la noción de la realidad.

Escasos segundos después perdía algo mucho más importante: la vida. Entonces, y sólo entonces, la cuerda de nylon dejó de apretar su cuello.

Raquel Ewell se derrumbó y quedó tendida de bruces sobre el enmoquetado suelo de la habitación.

Desnuda.

Muerta...

CAPÍTULO XII

Ross Garrett ya se había puesto el pijama, pero no se decidía a meterse en la cama. Pensaba en Paula.

Y en Raquel.

Temía que...

No lo dudó más y se colocó la bata, saliendo de su alcoba.

Fue a la de Paula y golpeó la puerta con los nudillos, suavemente. Su esposa no le abrió.

Ross repitió la llamada, golpeando un poco más fuerte. El resultado fue idéntico.

Ross no quiso esperar más y abrió la puerta, entrando en la habitación. La luz estaba encendida, pero Paula no se hallaba en la alcoba.

La cama ni siquiera estaba deshecha.

La ropa de Paula, sin embargo, se encontraba sobre una silla. Ross miró la puerta del cuarto de baño.

Estaba cerrada.

¿Estaría Paula dándose un baño...?

Ross fue hacia allí y pegó el oído a la puerta. No oyó nada.

Dio unos golpes y preguntó:

—¿Estás ahí, Paula...?

Su mujer no le respondió. Ross abrió la puerta del baño. Lo encontró vacío.

En el instante en que Ross cerraba la puerta del cuarto de baño, se abría la otra, la de la alcoba, dando paso a Paula. —Ross...— murmuró, quedándose parada.

Garrett carraspeó.

—Hola, Paula.

—¿Qué haces en mi alcoba?

—Vine a decirte algo, pero no estabas.

—Bajé a tomarme un vaso de leche; me apetecía.

—Sí, un vaso de leche antes de acostarte no viene mal —sonrió Garrett.

—¿Qué querías decirme, Ross?

—Tengo un problema, Paula.

—Y gordo, ya lo sé. Eso de que quieran matarle a uno...

—No, el problema es otro.

—¿Cuál?

—Raquel.

—¿Qué pasa con Raquel?

—Temo que venga a mi alcoba.

—Seguro que irá.

—Si tú me ayudas, la encontrará vacía.

—¿Qué puedo hacer yo, Ross?

—Permitirme pasar la noche aquí.

—¿En mi alcoba...?

—Sí.

—¡Ni hablar!

—No haremos nada, si tú no quieres.

—Ya te estás largando, Ross —ordenó Paula, señalando la puerta.

—Te prometo que no te tocaré.

—¿Y quién se fía de tus promesas?

—Yo soy un caballero, Paula.

—¡Tú eres un...!

—¡Ojo con lo que me llamas, Paula! —advirtió Ross. Su esposa no llegó a llamarle nada, pero advirtió a su vez—: Vete antes de que suelte algo muy gordo y muy feo, Ross.

—¿Es que no te importa que Raquel venga a mi alcoba, Paula?

—En absoluto. Puedes hacer con ella todo lo que te dé la gana.

—Prefiero hacerlo contigo.

—Mi cuerpo dejó de pertenecerte hace tiempo.

—Me sigue perteneciendo, soy tu marido.

—Un marido adúltero no tiene ningún derecho sobre su mujer.

—Ex adúltero.

—Eso es lo que tú dices.

—¡Y es la verdad, maldita sea! —rugió Ross. Paula se calló.

Veía a su esposo muy enfadado. Pero que muy enfadado.

Temía que él...

Sus temores se confirmaron al ver que avanzaba hacia ella.

Paula respingó.

—¿Qué te propones, Ross...?

—¿Tú qué crees?

—Si me tomas por la fuerza soy capaz de...

—¿De qué, Paula?

—¡De todo!

—Si realmente me odieras, tomaría en serio tu amenaza, pero sé que tú me quieres.

—¡No es cierto!

—En seguida se verá —masculló Ross, y saltó sobre su mujer.

Cayeron los dos encima de la cama.

Paula intentó golpear a su marido, pero él le sujetó los brazos contra la cama y le inmovilizó el cuerpo con el suyo.

Ross exhibió una sonrisa triunfal.

—Te tengo a mi merced, Paula.

—¡Suéltame, Ross, o empezaré a chillar! —amenazó ella.

—Adelante.

—¿No me crees capaz?

—Oh, sí, claro que te creo capaz —respondió Ross, y empezó a besarla en el cuello, en la barbilla, en las mejillas, en la nariz, en los párpados.

Paula movía la cabeza, como queriendo rechazar los suaves y tiernos besos, pero no gritaba.

Ross interrumpió de pronto el besuqueo y, con gesto socarrón, dijo:

—Evito besarte en los labios para que puedas chillar, Paula. ¿Cuándo vas a empezar? Ella apretó los dientes.

—No voy a chillar, prefiero escupirte en la cara.

—Espera que cierre los ojos —rogó Ross, y los entornó.

Paula pareció que iba a lanzarle un salivazo, pero no lo hizo, limitándose a barbotar:

—Sucio violador...

—¿Quién ha dicho que vaya a violarte?

—Tus intenciones están muy claras, miserable.

—No deben de estarlo tanto, cuando piensas eso —repuso Ross,

y comenzó a besarla de nuevo, sin excluir los labios esta vez.

Los de Paula temblaron bajo los suyos, pero no devolvieron ni uno solo de los besos. Ross deslizó su boca por el cuello de su mujer y le cubrió de besos toda la parte del pecho que no tapaba el negro camisón.

Paula cerró los ojos y rezongó:

—Canalla...

Ross profundizó con su boca por el amplio escote del camisón y le besó los cálidos senos, que se estremecieron al contacto de sus labios, levantándose sus oscuros pezones.

Paula no pudo reprimir un gemido de placer.

—Ban... bandi... bandido... —jadeó, visiblemente excitada por los hábiles besos de su marido.

Ross creyó oportuno soltar los brazos de su esposa.

Era un tanto arriesgado, porque ella podía golpearle, arañarle o tirarle del pelo, pero no quería seguir besándole los senos sin su consentimiento.

Paula, por el momento, no hizo nada. Ross levantó la cabeza y la miró.

Ella tenía los ojos cerrados.

—Paula, acabo de soltarte los brazos.

—Ya me he dado cuenta.

—Si deseas que vuelva a mi alcoba, golpéame; si deseas que me quede en la tuya, abrázame.

Paula abrió los ojos.

No golpeó a su marido, pero tampoco lo abrazó.

—Vete, Ross —pidió, con débil voz.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Paula?

—Sí.

—Muy bien, no tendrás que repetírmelo —rezongó Ross Garrett, irguiéndose y abandonando la alcoba de su esposa.

CAPÍTULO XIII

Por la mañana, Ross Garrett abandonó temprano su alcoba.

Le había extrañado bastante no recibir en toda la noche la visita de su ardiente cuñada, y ésa fue la razón de que se detuviera frente a la alcoba de Raquel y llamara a la puerta.

Ella, claro, no respondió.

Ross pensó que estaría dormida y abrió la puerta, para comprobarlo, quedándose helado al descubrir a Raquel en el suelo, tendida de bruces, completamente desnuda.

La palidez de su cuerpo, su rigidez, y la crispación de sus manos, revelaron a Ross Garrett que la hermana de Paula estaba muerta.

Profundamente impresionado, Ross penetró en la habitación y se arrodilló junto al cadáver de su cuñada, por el lado hacia el que ella miraba sin ver.

Se le erizó la piel al contemplar la horrible expresión de los ojos de Raquel, desencajados, el tono azulado de su rostro, crispado, su boca abierta, la lengua colgándole fuera...

No era difícil adivinar que Raquel Ewell había muerto estrangulada, y lo confirmaba la marca dejada por la delgada cuerda en el cuello de la víctima.

Ross Garrett cerró un instante sus horrorizados ojos y se preguntó por qué habían asesinado a su cuñada.

No supo encontrar una respuesta. Era a él a quien querían eliminar. Abrió nuevamente los ojos y musitó:

—Pobre Raquel. Y pensar que yo llegué a sospechar de ti... Se irguió lentamente y salió de la alcoba, cuya puerta cerró. Fue a la de Paula.

Entró sin molestarse en llamar.

Paula estaba acostada, pero no dormía. Se miraron mutuamente.

Ross quedó un tanto sorprendido de que su esposa no pronunciara una sola palabra, que no le recriminara por haber entrado en su alcoba sin llamar, que no le echara de ella.

—Paula...

—¿Qué?

—Tengo que darte una mala noticia.

—¿De veras?

—Se trata de Raquel.

—¿Le ha ocurrido algo?

—La han asesinado, Paula.

—¿Qué...? —exclamó ella, irguiéndose bruscamente.

—Me extrañó que no viniera a mi alcoba anoche, y ahora sé por qué no vino. La estrangularon, antes de que fuera en mi busca.

—Pero ¿quién...? ¿Por qué?

—No lo sé, Paula. Para mí tampoco tiene sentido.

Paula se cubrió el rostro con las manos y rompió en sollozos.

—Dios mío...

Ross se acercó a ella y le puso la mano en el hombro, oprimiéndoselo con suavidad.

—Lo siento mucho, Paula.

—No lo entiendo, Ross, no lo entiendo.

—Tampoco yo, pero ha sucedido. Tres personas han muerto ya, y seguimos sin saber quién es el responsable de sus muertes. Primero fue Jim Morley, después *Fredel Chinche*, y ahora Raquel... Y yo sigo vivo de milagro.

Paula retiró las manos de su rostro y lo miró, los ojos anegados de lágrimas.

—Quiero ver a Raquel, Ross.

—No te lo aconsejo, Paula. La expresión de su rostro...

—Tengo que verla, Ross —insistió ella. Garrett asintió levemente con la cabeza.

—De acuerdo, te acompañaré.

Paula saltó de la cama, tomó su bata y se la puso sobre el camisón. Metió los pies en unas chinelas azules y dijo:

—Vamos, Ross.

Salieron los dos de la alcoba y fueron a la de la infortunada Raquel.

Sucedió lo que Ross temía: Paula se impresionó tanto al

contemplar el cuerpo sin vida de su hermana, que sufrió un desvanecimiento y se desplomó.

Por fortuna, Ross Garrett estaba preparado y la sostuvo a tiempo, evitando que se estrellara contra el suelo.

* * *

Ya había sido retirado el cadáver de Raquel Ewell.

Ross, Paula, Richard y Anette se encontraban en el salón. Con ellos, el teniente Scott y dos de sus hombres.

El teniente, que ya había hecho varias preguntas, se encaró con el chófer de los Garrett.

—¿Está usted seguro de que nadie entró ni salió de la casa anoche, Richard?

—Sí, teniente.

—¿Absolutamente seguro?

—Apostaría la vida, teniente. Vigilé con los cinco sentidos. Si alguien se hubiera acercado a la casa, yo lo habría descubierto. Nadie entró ni salió.

El teniente Scott miró ahora a Ross Garrett.

—No hay más remedio que llegar a una conclusión, señor Garrett.

—¿Qué conclusión, teniente?

—Raquel Ewell fue asesinada porque sospechaba de la persona que desea su muerte, señor Garrett. Y esa persona, siento mucho tener que decirlo, se encuentra en este salón.

Ross, Paula, Richard y Anette se miraron entre sí, absolutamente perplejos los cuatro. El teniente Scott los escrutó, muy atento a la reacción de cada cual.

—Usted, señor Garrett —prosiguió—, queda descartado, puesto que es la pieza a cobrar, y perdone la expresión. Hay, por tanto, tres sospechosos: su esposa, el chófer, y la doncella. Cualquiera de ellos pudo estrangular a Raquel Ewell.

—Yo me encontraba fuera de la casa, vigilando —recordó Richard, visiblemente nervioso.

—Eso es lo que usted dice, Richard —repuso Scott.

—Es la verdad, teniente.

—No digo que no, pero tampoco puedo afirmar que sí. Anette,

tan nerviosa o más que Richard, aseguró:

—Yo no me levanté de mi cama en toda la noche, teniente.

—Tal vez no... y tal vez sí.

—¡No, teniente, se lo juro!

El teniente Scott clavó sus ojos en Paula Garrett.

—¿Usted no tiene nada que decir, señora Garrett?

—Raquel era mi hermana, teniente —recordó Paula, mucho más serena que Richard y Anette.

—Eso no quiere decir nada.

—Para usted, tal vez no; para mí, mucho. Yo no sería capaz de estrangular a nadie. Y, menos aún, a mi propia hermana.

Ross Garrett intervino:

—Paula es inocente, teniente.

—Puede que lo sea, pero, en principio, es mucho más sospechosa que Richard y Anette —opinó Scott.

—¿Por qué?

—Porque es su esposa, señor Garrett, y si usted muriera, ella heredaría todo cuanto usted posee, que es mucho.

—A Paula no le interesan en absoluto mis bienes.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Lo estoy, teniente.

Scott volvió a posar su mirada en Paula Garrett.

—¿Es usted feliz en su matrimonio, señora Garrett?

—No —confesó ella.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que dejé de amar a mi marido.

—Muy interesante.

—¿De veras se lo parece? —repuso Paula, sin perder la serenidad.

—¿Por qué sigue viviendo con su esposo, si ya no le ama?

—Porque él no quiere concederme el divorcio.

—Ése podría ser el motivo.

—¿De que yo desee la muerte de Ross?

—Sí.

—Lo siento por usted, teniente, pero no soy yo quien planea la muerte de mi marido.

—Si se demuestra que no, le pediré humildemente perdón, señora Garrett. Pero, mientras tanto, para mí sigue siendo usted la

sospechosa número uno.

—Basta ya, teniente —rogó Ross—. Yo sé que Paula es inocente, la conozco mejor que nadie.

—Usted la quiere, ¿verdad?

—Mucho.

—Por eso habla así —sonrió ligeramente el teniente Scott. Poco después, él y sus hombres dejaban la casa.

* * *

Richard y Anette habían abandonado el salón, dejando solos a Ross y Paula. Ésta miró a su esposo y preguntó:

—¿De verdad me crees inocente, Ross?

—Sí —respondió él.

—¿No tienes ni siquiera una pequeña duda?

—No, ninguna.

—Anoche, cuando viniste a mi alcoba, yo no me encontraba en ella.

—Habías bajado a tomarte un vaso de leche.

—Eso fue lo que yo te dije, pero pude haberte mentido.

—¿Por qué ibas a mentirme?

—Ahora, que ya sabes lo que pasó anoche, podías pensar que yo venía de la alcoba de Raquel, de estrangular a mi hermana.

—No digas tonterías.

—Raquel sospechaba de mí.

—Te pidió perdón por ello, ¿no?

—Sí, pero yo sé que no era sincera al disculparse. Lo hizo porque le interesaba pasar unos días en nuestra casa. Ella seguía convencida de que era yo quien deseaba tu muerte.

—¿Qué importa eso ya? Raquel ha muerto, y yo sé que no la mataste tú.

—¿Quién, entonces? ¿Richard...? ¿Anette...?

—Ninguno de los dos saldría beneficiado con mi muerte. —Eso mismo me estaba diciendo yo.

—El asesino de Raquel debió entrar y salir de la casa sin que Richard le viera, no cabe otra explicación.

—El está tan seguro de que no...

—Se equivoca, no hay duda. Paula se puso en pie.

Ross la miró.

—¿Adónde vas?

—Arriba, a vestirme. Todavía voy en bata y camisón. —¿Bajarás luego?

—Sí.

—Me encontrarás aquí.

Paula se inclinó y le dio un beso en los labios, muy suave. Ross, sorprendido, preguntó:

—¿A qué viene esto, Paula?

—Es una manera de agradecerte que me defendieras cuando el teniente Scott me acusó de una forma tan directa. —¿Nada más?

—Nada más —aseguró Paula, y abandonó el salón.

* * *

Ross Garrett se tendió en el sofá y cerró los ojos.

¿Había sido realmente sincero al decir que no tenía la más pequeña duda sobre la inocencia de Paula...?

Ya no estaba tan seguro.

Paula era la única que sabía que él había ido a ver a Raquel, la mañana anterior.

No era una prueba concluyente, porque, como él le dijo a Raquel, podían haberle seguido hasta su apartamento, pero...

Unos pasos cortaron los pensamientos de Ross Garrett, quien, al abrir los ojos, descubrió a Anette.

—¿No se encuentra bien, señor Garrett? —preguntó la doncella.

—La cabeza me pesa como el plomo, Anette, de tanto pensar —confesó Ross, oprimiéndose las sienes.

—¿Quiere que le sirva algo de beber? Le sentará bien.

—Sí, yo también lo creo. Ponme un poco de *whisky*, Anette.

—¿Solo, señor?

—Sí.

Anette se acercó al bar y tomó la botella de *whisky*. Ross había vuelto a cerrar los ojos.

Anette escanció el licor en un vaso largo y se lo llevó.

—Aquí tiene, el señor.

Ross se incorporó, quedando sentado en el sofá. Tomó el vaso que le ofrecía la doncella.

—Gracias, Anette. ¿No quieres sentarte?

—¿A su lado, señor...?

—Sí, aquí.

—¿Y si nos sorprende la señora...?

—Tardará en bajar de su alcoba, no te preocupes.

—Espero que no se equivoque el señor —murmuró Anette, y se sentó en el sofá.

Ross sostenía el vaso de *whisky* con la mano derecha, y la otra, la izquierda, se posó sobre las bonitas rodillas de la doncella.

—Vuelvo a sentir deseos de acariciarte las piernas, Anette —dijo.

—¿Aquí, señor...?

—¿Por qué no?

—Si la señora...

—Ya te he dicho que tardará en bajar, no hay peligro de que nos sorprenda —sonrió Ross, deslizándose su mano por debajo de la falda del uniforme.

Anette se dejó acariciar los muslos, que ella entreabrió, para facilitar las cosas.

—¿Ha decidido volver a serle infiel a su esposa, señor Garrett?

—Sólo contigo, Anette.

—Me siento muy halagada, señor —sonrió descaradamente la doncella, quien seguidamente sugirió—: ¿Me bajo el pantaloncito, para que pueda usted...?

—Sí, pero antes tomemos un sorbo de *whisky* —respondió Ross, acercando el vaso a la boca de Anette.

Ella echó la cabeza hacia atrás, casi con brusquedad.

El rostro de Ross Garrett se tornó repentinamente duro.

—¿Qué te pasa, Anette? ¿No quieres probar el *whisky* que tú misma me has servido?

—Es que no me apetece, señor Garrett.

Ross extrajo su mano de entre los muslos de la doncella y le aprisionó un brazo.

—Porque está envenenado, ¿verdad? —masculló. Anette se quedó sin color en el rostro.

—¿Que está... que está qué...? —tartamudeó nerviosamente.

—Tenía los ojos cerrados, pero no del todo, y me pareció ver que echabas algo en la botella de *whisky*.

—Se equivoca, señor Garrett. No eché nada, se lo juro.

—Entonces, bebe.

—¡No! —gritó Anette, pegándole un zarpazo al vaso y arrojándolo al suelo, donde se desparramó el whisky envenenado.

Ross Garret, duramente, interrogó:

—¿Por qué deseas mi muerte? ¿Qué mal te he hecho yo?

Anette, consciente de que ya no servía de nada negarlo, respondió:

—A mí no me ha hecho usted ningún daño, señor Garrett, pero sí a Eva Howard. Ross entornó los ojos.

—¿Eva Howard...?

—Sí. ¿Se acuerda usted de ella, señor Garrett? Fue una de sus muchas conquistas. Se acostó una docena de veces con Eva y luego se olvidó de que existía. Ella, en cambio, no pudo olvidarse de usted, porque se enamoró como una idiota. Recurrió al alcohol, para ahogar sus penas, y bebió tanto, que ahora se halla interna en una clínica para alcohólicos. Está destrozada, tanto moral como físicamente. Si la viera, no la reconocería. Se ha convertido en una ruina de chica.

Ross no supo qué responder. Anette siguió hablando:

—Se estará preguntando usted qué tengo que ver yo con Eva Howard, ¿no, señor Garrett...? Se lo diré. Eva es mi hermana. Y tenemos otro hermano, llamado Troy. A los dos nos dolió mucho lo que hizo usted con Eva, y decidimos vengarnos. Yo conseguí emplearme en su casa, como doncella. Era el mejor sitio para conocerle a usted a fondo. No me importó que me hiciera el amor alguna que otra vez, lo pasé muy bien en sus brazos, aunque no por eso Troy y yo alteramos nuestros planes. Fue Troy quien manipuló el motor de su avioneta, y quien contrató al tipo del rifle y al tipo del machete, aunque no pensaba pagarles con dinero, sino con plomo, para que jamás pudieran irse de la lengua. La bomba del «Plymouth» la puso él. Cuando usted le dijo a su esposa que iba a ver a Raquel Ewell, yo tenía la oreja pegada a la puerta de la alcoba, y avisé a Troy. Pero la bomba también falló.

—¿Estrangulaste tú a Raquel? —preguntó Ross.

—Sí, fui yo —confesó Anette.

—¿Por qué?

—Escuché la discusión que tuvieron usted, su esposa y Raquel, y

el saber que ésta sospechaba de su hermana, me dio la idea. Si usted hubiese tomado el *whisky* envenenado, el teniente Scott hubiera culpado a Paula. El también sospechaba de ella, ya lo oyó usted.

—Lo que Troy y tú habéis hecho no tiene perdón, Anette.

—¿Y qué me dice de lo que hizo usted con Eva?

—Ella nunca me dijo que se hubiese enamorado de mí, y yo no supe adivinarlo.

—Excusas.

—Es la verdad, Anette.

—Bueno ya no importa. El mal ya está hecho. Lo único que siento es que me haya descubierto antes de lograr mi propósito.

Troy y yo iríamos con gusto a la cárcel si hubiésemos conseguido mandarlo a usted al cementerio.

—Casi lo conseguisteis, Anette, casi lo conseguisteis... —repuso Ross Garrett.

EPÍLOGO

El teniente Scott fue informado de todo por Ross Garrett, y no tuvo más remedio que disculpase con Paula, la que fuera sospechosa número uno para él.

Los agentes de la ley se llevaron detenida a Anette Howard, y Troy Howard fue arrestado también, aquella misma mañana.

Al quedarse a solas con su esposa, Ross dijo:

—Tengo que darte una grata noticia, Paula, Grata para ti, claro, que no para mí.

—¿Qué noticia es ésta?

—Voy a concederte el divorcio.

—¿Y qué me pides a cambio?

—Nada.

—No puedo creer que no vayas a ponerme ninguna condición.

—Pues créelo, porque es verdad.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Lo decidí anoche, poco después de que me echaras de tu alcoba.

—¿Te convenciste por fin de que ya no te quiero?

—No, pero me convencí de que no deseas querirme, y para el caso es lo mismo. Te besé y te acaricié con todo el amor y toda la ternura de que soy capaz, logrando arrancarte un gemido de placer, prueba inequívoca de que supe llegar a tu corazón. Pero tu cerebro se mantuvo firme, y me llamaste canalla, bandido, miserable, y no sé qué más. Cuando te solté los brazos no me golpeaste, pero tampoco me abrazaste, pese a que lo estabas deseando, lo sé, porque había sabido despertar la pasión en ti y tu cuerpo anhelaba unirse al mío íntimamente. Pero nuevamente se impuso el cerebro al corazón, y me pediste que me fuera. Y, como me temo que

siempre sería así, prefiero concederte el divorcio. Tenerte en mi casa y no poder tocarte, a menos que sea a la fuerza, es peor que no tenerte, Paula. Muchísimo peor.

—Tú provocaste esta situación, Ross.

—Sí, lo sé. Pero yo no lo busqué, te lo aseguro. Es mala cosa tener muchas amigas de soltero, ¿sabes? Luego, cuando te casas, no es tan fácil desligarte por completo de todas ellas. Te tropiezas con una o con otra, no puedes evitar la charla, la chica te incita a recordar los buenos ratos pasados con ella... Tal vez no me creas, pero eso es lo que me pasó a mí. Durante los primeros meses de matrimonio, yo no busqué a ninguna de mis antiguas amigas, fueron ellas las que me buscaron a mí. Después, cuando tú te instalaste en otra alcoba y me prohibiste tocarte, ya fue distinto, y empecé a tomar la iniciativa en algunos casos, en mi mente sin embargo, siempre he tenido una idea fija: recuperarte.

—Para luego volverme a engañar, ¿no?

—No, esta vez sería distinto, Paula.

—¿Por qué?

—Porque ya sé lo que es vivir contigo y vivir sin ti, sentimentalmente hablando. Si volvieras a quererme, no habría en el mundo mujer capaz de llevarme a la cama, te lo juro.

—Eso es muy fácil de decir, pero...

—Cumpliría mi palabra no lo dudes.

—Sí lo dudo, Ross; sí lo dudo —suspiró Paula, y se alejó camino de la escalera. Garrett fue tras ella.

—¿Adónde vas, Paula?

—A recoger mis cosas.

—¿Te marchas?

—Sí.

Paula empezó a subir los peldaños.

Ross no la siguió, aunque permaneció al pie de la escalera Diez minutos largos.

Dudaba entre dejar marchar a Paula o suplicarle que se quedara. Finalmente se decidió por esto último y corrió escaleras arriba.

—¡Paula! —La llamó.

Alcanzó el piso alto y corrió hacia la alcoba de su mujer, donde irrumpió como un ciclón. Se llevó una buena sorpresa, porque Paula no se encontraba allí, y todas sus cosas seguían guardadas.

De pronto, Ross tuvo una corazonada.

Salió precipitadamente de la alcoba de su esposa y corrió hacia la suya, donde entró del mismo modo que entrara en la de ella.

—Paula... —musitó, al hallarla acostada en su cama, cubierta hasta el cuello con la sábana, sus ropas esparcidas por el suelo.

Ella, con los ojos húmedos de emoción, le sonrió y dijo:

—Me has convencido, Ross.

Garrett se acercó a la cama, se sentó en ella y acarició el rostro de su mujer con mano temblorosa.

—¿Vuelves a quererme, Paula?

—En el fondo nunca he dejado de quererte, aunque yo creía que sí, y hasta llegué a convencerme de que te odiaba, razón por la cual no lloré tu muerte. Tu supuesta muerte, claro. Bastaron, sin embargo, unos besos y unas caricias, para sacarme de mi error. Pero no quería confesártelo, Ross. El temor a que me engañaras de nuevo con otras mujeres, era demasiado grande.

—¿Y ya ha desaparecido?

—No, pero es mucho más pequeño. En nuestra conversación de hace sólo unos minutos me pareciste terriblemente sincero.

—Lo fui, Paula.

—¿Me serás fiel esta vez?

—Te lo juro por lo más sagrado.

—Bésame, Ross.

Garrett se inclinó sobre ella y sus bocas se unieron en un largo, profundo y fervoroso beso.

Paula alzó los brazos y rodeó el cuello de él, apretadamente.

Ross tiró de la sábana hacia abajo, descubriendo los senos femeninos, que oprimió con suavidad y acarició sabiamente.

Luego, sus manos descendieron y acariciaron las caderas, los muslos, el suave vello oscuro del pubis...

Todo el cuerpo se estremeció de placer.

Ross, sin dejar de besar y acariciar a su esposa, se quitó la ropa y se colocó sobre ella.

Un instante después, la poseía con infinita ternura, gozando los dos intensamente con la unión sexual.

Luego, estrechamente abrazados todavía, Paula murmuró:

—Tengo que confesarte algo, Ross.

—¿El qué, cariño?

—Si esta mañana, cuando viniste a mi alcoba para informarme de la muerte de Raquel, hubieses intentado algo conmigo, no te hubiera rechazado.

—Confieso que me sorprendió que no te molestara que hubiese entrado sin llamar, que no me echaras de tu alcoba.

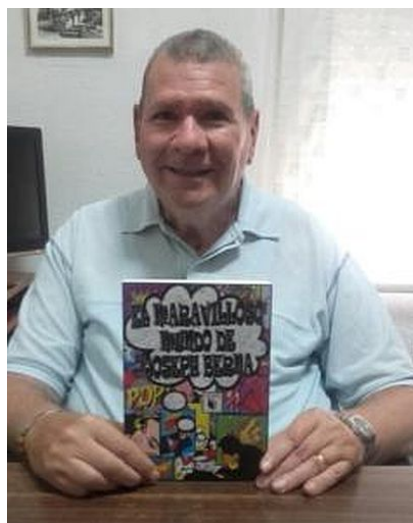
—En el fondo estaba deseando que volvieras, que te echaras sobre mí y me cubrieras el rostro y los pechos de besos, como anoche. Y que me hicieses el amor. Hacía tanto tiempo que no...

Ross la besó dulcemente en los labios.

—Recuperaremos todo este tiempo, te lo prometo —dijo. Y no fueron sólo palabras.

Apenas unos minutos después, Ross poseía nuevamente a su esposa, con las mismas ganas y el mismo vigor de antes.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».